

BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





EL MUDO.

Drama en cinco actos y seis cuadros, arreglado del francés por los señores L. y L. para representarse en Madrid el año de 1856.

PERSONAJES.

- MR. DE GRANDPRE. MAURICIO.
- ARMANDO DE LATOUR. CLEMENCIA DE GRANDPRE.
- SANTIAGO. LA MARQUESA DE FERMONT
- PABLO. MAGDALENA.
- CESAR BEAUMIGNON. ROSINA.
- BENOIS. AGUEDA.
- CHARAVEL. BAUTISTA, jardinero.
- UNO DEL PUEBLO.

La acción tiene lugar en las cercanías de Tolon, en el año 1780.

ACTO PRIMERO.

Patio de una posada en el camino de Tolon: á la derecha algunas mesas debajo de un cobertizo. Al fondo puerta grande por la cual se vé un paisaje lleno de árboles. A la izquierda, en primer término, la entrada de la casa. En segundo un sotechado que sirve de granero y de caballeriza.

ESCENA PRIMERA.

BENOIS y MAGDALENA; Benois está sentado á la derecha delante de una mesa, sobre la cual está apoyada Magdalena.

BEN. Ya os lo he dicho, Magdalena, este ejercicio es superior á vuestras fuerzas; los trabajadores del puerto, los marineros que vienen á beber y jugar á vuestra casa, se retiran cada dia mas tarde. La fatiga, y sobre todo, la falta de sueño, concluirán por aniquilaros.

MAG. Ya lo sé, doctor; pero Santiago, mi marido, ha cobrado tal aversión al trabajo, que es preciso que yo desempeñe el de los dos. Si yo no sostengo la casa, tal vez llegará dia en que vaya á morir á un hospital.

BEN. Semejante conducta...

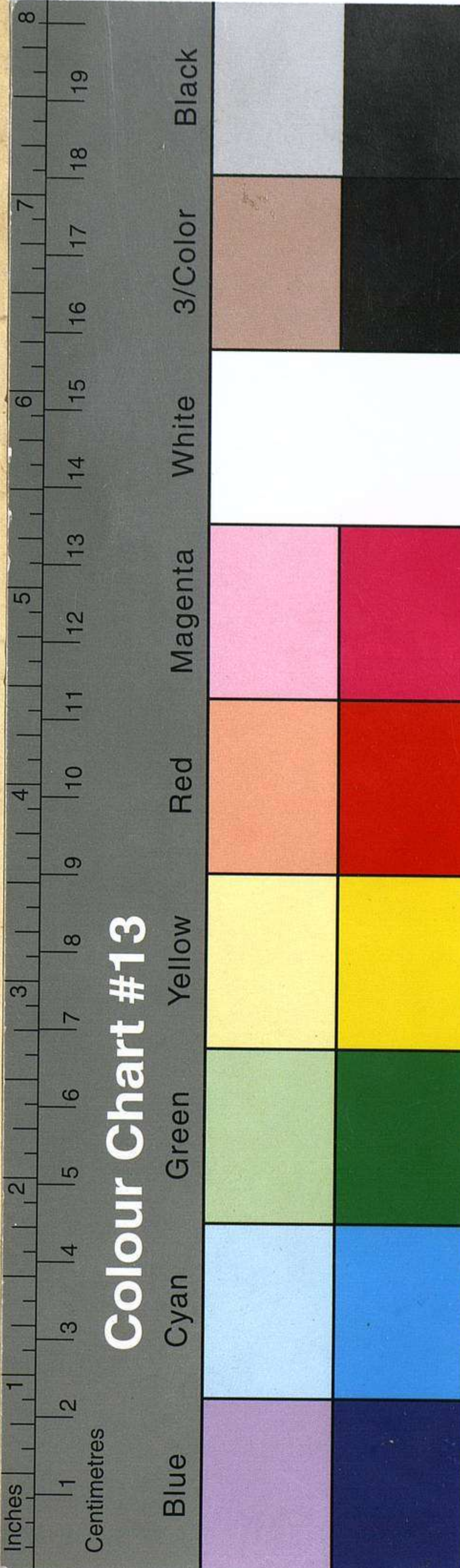
MAG. Parece que el Señor ha apartado su vista de nosotros; hoy precisamente ha ido Santiago á Tolon, donde tal vez será condenado á pagar una crecida multa por haber cazado furtivamente, contraviniendo á las órdenes de la autoridad. Será preciso pagar esta multa, y para ello no tenemos otro recurso que el producto de mi trabajo.

BEN. Y á pesar de vuestra pobreza, habeis recogido á ese pobre huérfano, que débil y enfermo, no puede servirlos mas que de una carga harto pesada para vos.

MAG. Hablais de Mauricio? Por él solo tengo tanto valor y resignacion. En medio de mis sufrimientos, cuando mis ojos están enojecidos por el llanto, Mauricio me sonrie... me estrecha en sus brazos. Entonces se me figura que tengo un hijo querido que me anima y me consuela; cuando Santiago está exasperado por la miseria ó su imaginacion exaltada por el vino, me insulta y me maltrata. No le acuso, Dios mio. La desgracia nos hace injustos casi siempre, y la embriaguez hace perder la razon. En éstos momentos, pues, en los cuales Santiago se desconoce á sí mismo, Mauricio es mi protector con sus ruegos y con sus lágrimas. Dios que me ha negado la dicha de tener un hijo, ha tenido piedad de mi, enviando á esta casa, en donde tanto sufro, uno de sus ángeles.

BEN. Qué buena sois, Magdalena!

MAG. Vos hubierais hecho lo mismo en mi lugar. A principios del invierno, encontré á Mauricio perdido en los bosques de Cormien, cerca de nuestra aldea. Estaba tendido sobre la nieve, corrí hácia él y abrigué con mis ropas sus miembros entumecidos. Algunas gotas de aguardiente que yo llevaba conmigo, le dieron fuerza bastante para llegar hasta aqui. Ya en camino los dos, Mauricio besaba mis manos; sus ojos bañados en lágrimas me daban gracias con la mayor ternura; pero llegamos aqui sin que hasta entonces hubiera pronunciado una palabra. Bien pronto adquirí la triste certidumbre de que el infeliz habia perdido el uso de la palabra. Oia perfectamente, y sus miradas, sus gestos eran tan espresivos, que llegamos á comprendernos facilmente. Además, sabia leer y escribir; nos contó que segun le habian dicho, fue encontrado en el puente del Hotel Dieu de París por dos hermanas de la caridad. Sin duda habia sido depositado allí por sus padres, á quienes la miseria tal vez habria obligado á abandonarle. A poco tiempo fue sacado del asilo de los huérfanos por un honrado artesano, que compadecido de él le enseñó su oficio. Mauricio correspondió dignamente á los beneficios de su bienhechor. Decidido esté á recorrer la Francia, propuso á Mauricio que le acompañase, y Mauricio aceptó con reconocimiento; pero aquel hombre honrado, cayó enfermo



en medio del camino y sucumbió. Viéndose Mauricio solo en un país desconocido, quiso llegar á Tolon, esperando hallar trabajo, pero sorprendido por la nieve, se perdió cerca del bosque. Estenuado por la fatiga y la necesidad, se dejó caer al pie de un árbol, aguardando la muerte, cuando la Providencia me hizo pasar á su lado. Yo no debía abandonarle; no es cierto? Si el Señor le habia colocado delante de mi camino, fue sin duda para recordarme aquel precepto divino: socorred á los que son mas desdichados que vosotros.

BEN. El cielo os dará la recompensa, y yo por mi parte quiero ayudaros en vuestra buena obra. Mauricio, á quien he visto algunas veces, es digno del interés que tomáis por su suerte; trabaja cuanto sus fuerzas le permiten, y sin embargo, no podeis tenerle por mas tiempo en vuestra casa; hoy mismo hablaré de él á Mr. de Grandpré.

MAG. Cómo! ha vuelto ya de su viage?

BEN. Despues de su larga estancia en las islas de Hyeres, á donde fue con el objeto de que su esposa recobrára la salud, ha consentido en entrar de nuevo en la carrera de la magistratura, y acaba de ser nombrado miembro del parlamento de Aix. Hace ocho dias que está de vuelta en su castillo de la Cerisaie.

MAG. Y la señora?

BEN. Le ha acompañado. La vuelta de Mma. Grandpré será, estoy seguro de ello, de gran utilidad á vuestra casa. No habeis estado á su servicio antes de su casamiento?

MAG. Si señor.

BEN. Y despues del vuestro, no os fuisteis á vivir á Paris?

MAG. Si.

BEN. Mma. de Grandpré no os ha olvidado. Ayer mismo, cuando tuve el honor de ir á visitarla, me pidió noticias de vos con el mayor interés.

MAG. De mi?

BEN. Os aconsejo que vayais á verla.

MAG. (Volver á ver á la señora de Grandpré! No me atreveré jamás!)

BEN. A menos que prefirais que venga á visitaros.

MAG. (Dios mio!.. Si habrá descubierto!..)

BEN. A propósito, ved aqui al nuevo ayuda de cámara que ha traído consigo Mr. de Grandpré, y que sin duda viene en busca vuestra.

ESCENA II.

Dichos y CESAR BEAUMIGNON.

CES. Perdonad, no habeis visto á mi muger?

MAG. Vuestra muger?

CES. Digo mi muger, porque yo soy su marido; pero vos no podeis saber... Hablo de Rosina, la doncella de Mma. Grandpré.

MAG. No tengo el honor de conocerla.

CES. Y sin embargo, la señora la habia enviado á casa de una tal Magdalena Robert.

MAG. Esa soy yo, caballero.

CES. Y no la habeis visto? Dónde habrá ido esa desgraciada? A dónde habrá dirigido sus pasos? Dónde la encontraré?

MAG. Si ha de venir aqui, mas vale que la espereis..... Estais muy fatigado.

CES. Hace mas de una hora que vengo tomando el sol; y qué sol, Dios mio! Estoy hecho un pollo de sudor, ó mejor dicho, un pollo asado.

MAG. Sentaos, voy á servir os una botella de vino, y esto os refrescará. Subo al momento. (*vase.*)

CES. (*sentándose.*) No es vino lo que necesito; es tintura de arsénico; jarabe de vitriolo lo que debia beber.

BEN. Vos!

CES. No, ella; la gran... Pero si no me engaño, vos sois el doctor cuya visita anuncié ayer á la señora. Habeis visto á Rosina, á mi muger?

BEN. Una jovencita morena, muy graciosa...

CES. Graciosa! Os parece graciosa? Qué maldito gusto teneis! Sin embargo, no me estraña; pensais como todos los que la ven, y he aqui mi desgracia.

BEN. Sois desgraciado porque vuestra muger es hermosa?

CES. No me volvais á decir que es hermosa; eso es un lancetazo que me dais en medio del corazon. Tened la bondad de escucharme; es preciso que os cuente mis desgracias; tal vez os aburriréis, pero yo me consolaré.

BEN. Hablad, ya os escucho.

CES. Gracias. He aqui mi historia. Conforme unos vienen al mundo tuertos, cojos, mancos ó jorobados, yo he nacido celoso, pero celoso desde los pies á la cabeza; tanto, que mi abuelo me decia muchas veces, César, amigo mio... Yo me llamo César Beaumignon, para servir os... no te cases jamás! El buen viejo tenia sus razones para darme este consejo; ojalá le hubiera seguido; pero siendo la muger un artículo de primera necesidad, tuve la flaqueza de querer una para mi solo; por tanto tomé la resolucion de buscarla muy fea y que tubiera ocultas todas sus bellezas. Andube rodando mucho tiempo; era tan difícil de contentar!.. Por fin vi á Rosina; figuraos una muger bajita, con dos ojos negros y rasgados, todo lo contrario de su boca, que era pequeña como un piñon; un talle imperceptible, derecho como un uso. Yo dije para mi, he aqui mi negocio; ninguno parará la atencion en una muger tan pequeñita y tan delgada; pues bien, ved mi desgracia. Aquellos grandes ojos que á mi no me agradaban, gustaban á todo el mundo; aquel talle tan delgado, le ensanchaba naturalmente hasta llegar á los hombros, y parece que hay muchas personas que se enamoran de esta clase de talles. En una palabra, me habia casado con una muger muy fea para mi gusto, y muy hermosa para el de los demas. En aquella época viviamos en Paris, y me dedicaba á herborizar, ocupacion que habia escogido como un calmante; era mi maestro un cursante del colegio de medicina y cirugia. El grandísimo bribon no venia á mi despacho ni por mi, ni por mis yerbas; era por mi muger. Un dia, encima de una mesa, y oculto debajo de una botella de agua de borrajas, encontré una carta de aquel maldito colegial.

BEN. Hola!

CES. Era un romance de amor que comenzaba... afortunadamente no habia pasado del primer capítulo. Al dia siguiente realicé mis fondos; á las cuarenta y ocho horas abandoné á Paris; á los tres dias me habia avacindado en España, estaba en Cádiz.

BEN. En Cádiz!

CES. Conoceis aquel pais?

BEN. No, pero tengo alli un pariente.

CES. Eso no me importa. Yo habia escogido á España porque alli se sujeta á las mugeres. Hermoso pais!.. Entré al servicio de un comerciante muy anciano y ciego por añadidura. De aquel por lo menos estaba seguro, y gocé de la mayor tranquilidad por espacio de un año, pero he aqui que á aquella momia ambulante se le antoja caer enfermo y le propinan una sangria. Yo tenia la luz durante la operacion; pero quién direis que era el cirujano á quien habian buscado? El practicante de cirugia!.. Aquel maldito practicante!

BEN. De veras?

CES. Una hora despues ya estaba embarcado con Rosina. Yo no sabia donde vivir seguro, donde ocultar á mi muger. Un amigo mio, un viejo, pues yo no tengo mas que amigos viejos, me propuso entrar al servicio de madama de Grandpré, la cual necesitaba un criado; se trataba de irse á encerrar en un castillo en el fondo de la Provenza, al lado de una señora casi siempre enferma, y que no recibia á alma nacida. Este era un buen escondite, una prision celular, una tumba; acepté con el mayor reconocimiento, y á los ocho dias justos estábamos instalados en el castillo.

BEN. Donde efectivamente no se recibe á nadie.

CES. Si, pero en el castillo hay criados, jardineros en el parque, pastores en la pradera, labradores en los campos... todos esos malditos dicen que mi muger es hermosa, y yo no puedo dejarlos ciegos como mi comerciante. Ay doctor! Dadme algun remedio para que mi muger se vuelva horriblemente fea; tan fea, que solo sirva para espantar pájaros.

BEN. Mas conveniente seria volveros el juicio que habeis perdido, á lo que veo.

MAG. (entrando.) Tomad.

CES. No la habeis encontrado?

MAG. A quién?

CES. A mi muger.

MAG. En la bodega?

CES. Teneis razon. No debe estar alli; pero señor, á dónde estará?

MAG. (llenando el vaso.) Bebed.

CES. No puedo. Se me hace un nudo en la garganta. Lo que yo necesito es á mi muger, es á Rosina.

ESCENA III.

Los mismos y ROSINA con una caja en la mano.

Ros. Aqui la tienes.

CES. (dirigiéndose á ella y mirando alrededor.) (Sola? Nadie la acompaña!)

Ros. Debia haber llegado antes, pero me he perdido.

CES. Perdidó!.. Te has perdidó?

Ros. Vamos, á qué vienen esos aspavientos? Si me he perdido, ya ves que me he vuelto á encontrar.

CES. Perdida!.. Desde el castillo hasta aqui, señora Beaumignon! Eso no es cierto. El camino viene en derechura.

Ros. La carretera es verdad; pero como el sol calienta de plano, he tomado el camino del bosque para venir á la sombra de los árboles.

CES. Por el bosque! Qué imprudencia!

Ros. Me he extraviado; pero tan completamente, que por mi sola jamás hubiera llegado hasta aqui.

CES. Segun eso habeis encontrado á alguien?

Ros. Por fortuna.

CES. Señora!..

Ros. Mi sombrero habia quedado enredado en las ramas de un olivo, y en el momento en que me volvia para recojerle, encontré detrás de mi...

CES. A quién? A quién?

Ros. A un jóven muy amable y muy hermoso.

CES. Un jóven!

Ros. Que con la mayor finura me presentó mi sombrero; le di gracias como era natural...

CES. Para tener ocasion de hablar.

Ros. Y en seguida le supliqué me indicase el camino mas corto para llegar á la aldea de San Fereol. Dijome por señas que la conocia, y aunque venia cargado con un enorme haz de leña, me ofreció bobitamente su brazo.

CES. Que rehusasteis?

Ros. Que acepté, por el contrario; y gracias á mi guia, hème aqui.

CES. Señora Beaumignon, vuestra conducta es un poco turbia; pero dónde está ese joven? Quién es?

Ros. Debe ser de la casa, porque despues de haber dejado su carga debajo del sotechado, subió por aquella escalera que veis, haciéndome señas de que le aguardara.

MAG. Era Mauricio.

Ros. Mauricio? Bonito nombre!

CES. Silencio, señora Beaumignon. Vámonos de aqui.

Ros. Perdonad, aun no he desempeñado mi comision.

Es aqui dónde vive la señora Magdalena Robert?

CES. (distruido.) Yo soy.

MAG. Servidora vuestra.

Ros. Aqui os traigo en esta caja un traje nuevo que la señora de Grandpré os envia para que vayais á verla á su castillo.

BEN. (bajo á Magdalena.) Ya veis que no os engañaba.

CES. (á Rosina.) Habeis acabado?

Ros. No; ahora me falta descansar.

CES. Pero yo tengo que ir hasta Tolon para anunciar á la señora almiranta, que Mma. de Grandpré aceptó su invitacion, y que irá á ver votar al agua el nuevo buque.

Ros. Pues marchad cuando querais; no me haceis falta alguna; ya conozco el camino, y podré volverme á casa sin vuestra compania.

CES. Ahora que ya teneis un guia, no es verdad? El demonio del muñeco! Quisiera conocer á ese Adonis de carretera.

Ros. Nada mas fácil, vedle ahi. (aparece Mauricio saliendo de la casa y trayendo un vaso y un jarro con vino.)

MAG. (dirigiéndose á Mauricio y este á Rosina con el jarro y el vaso que deja sobre la mesa.) Mauricio! (le abraza.)

ESCENA IV.

Dichos y MAURICIO.

Ros. Calle!.. Unalimonada! Y para mi? Bien, muy bien.

CES. Es este el muñeco en cuestion? El que os parecia tan hermoso? Pues es mas horrible que vuestro amante el cirujano.

Ros. (bebiendo sin hacerle caso.) Esquisito...

CES. (tomando el vaso que Rosina ha vuelto á llenar.) Cómo! Teneis valor de aceptar sin mas ni mas un refresco de manos del primer desconocido que se os presenta? Señora Beaumignon, esto es muy mal hecho; detestablemente hecho. (bebe.)

Ros. (levantándose.) Gracias, señor Mauricio; acabo de saber vuestro nombre y no le olvidaré jamás.

CES. (colocándose entre Mauricio y Rosina.) Ni yo tampoco, y os prohibo... entendeis, señor monigote? Os prohibo dirigir la palabra á mi muger.

MAG. Prevencion inútil, porque el infeliz es mudo.

Ros. Mudo! Qué desgracia!..

BEN. (á César.) De este al menos no tendreis celos.

CES. Al contrario; un amante mudo es mas peligroso que otro con el uso de la palabra; porque no habla mas que por señas y... pues... y como las mugeres son tan necias...

Ros. Pobre jóven, cuanto me intereso por él!

CES. Qué tal! Qué os decia yo? Señora Beaumignon, en marcha; debeis seguirme á Tolon; en nombre de la ley, os lo mando. (coje á Rosina por el brazo y se la lleva.)

ESCENA V.

BENOIS, MAGDALENA y MAURICIO.

BEN. (*sentándose cerca de la mesa de la derecha.*) Voy á recetaros una bebida, y en seguida me ausento; espero, Magdalena, que seguireis fielmente mis prescripciones.

MAU. (*por señas.*) Si, si, yo estoy aquí para tener cuidado.

BEN. Bien, hijo mio, cuento contigo.

MAU. (*se dirige á Magdalena.*) Cuidad mas de vuestra salud.

MAG. Haré todo cuanto ordeneis, doctor; pero deja que me ocupe de ti, Mauricio. Segun nos ha dicho esa joven, la has encontrado en el bosque... qué era lo que traías? (*Mauricio le enseña el haz de leña.*) Cómo! Ese haz de leña tan pesado?

MAU. Si.

MAG. Quién lo ha cortado?

MAU. Yo.

MAG. Con permiso del guarda?

MAU. Si.

MAG. Y como has podido conseguirlo de ese hombre, que se compadece tan poco de los desgraciados? (*Mauricio entrega á Benois un papel que saca del bolsillo.*)

BEN. (*leyendo.*) Por tres dias de trabajo en los pantanos de Saintaubin he pagado á Mauricio, vecino de la aldea de Saint-Fereol, treinta y seis sueldos y toda la leña que pueda llevar en un haz. Firmado.—Miguel el guarda-bosque.

MAG. Cómo! Estos tres dias de permiso que me habiais pedido para ir en peregrinacion á Santa Maria Magdalena, los has pasado trabajando en los pantanos?

MAU. Si. Durante el dia trabajaba para vos; y toda la noche la pasaba de rodillas rogando por vuestra salud.

MAG. Pobre niño! Pero ese trabajo podia haberte causado la muerte, hijo mio.

BEN. Dice bien Magdalena. Los miasmas que se exhala de los pantanos de Saintaubin, son generalmente mortales, y para resistir á su influencia, es necesaria una constitucion mas fuerte que la tuya. (*Mauricio enseña con alegría una moneda que entrega á Magdalena.*)

MAG. (*abrazándole.*) Bien os decia yo; este niño es un ángel que Dios me ha enviado.

BEN. Mauricio es un hombre de bien, y estoy seguro de que su corazon y su entendimiento comprenderán la fuerza de lo que voy á decirle. Mauricio, no podeis permanecer aquí por mas tiempo.

MAU. (*abrazando á Magdalena.*) Yo no la abandonaré jamás.

BEN. Escúchame, hijo mio; aunque durante vuestra vida os entregueis á los trabajos mas penosos, no podreis ayudar bastante á la pobre Magdalena. Habeis recibido una educacion que os pone en aptitud para desempeñar algun empleo. Yo me encargo de buscaros uno, y haré de modo que no os alejéis de esa segunda madre que la Providencia os ha dado. La vereis todos los dias, y partireis con ella el producto de vuestro trabajo.

MAU. Todo, todo para ella.

MAG. Dice que todo será para mí!

BEN. Hoy mismo hablaré por él á la señora de Grandpré.

MAG. Volveis al castillo?

BEN. No. Voy á Tolon. Mi sobrino Pablo, á quien he hecho dedicarse al estudio de la medicina, para que

pueda reemplazarme algun dia, debe desembarcar hoy. El brik que le conduce desde Cadiz, entró ayer en bahía. Vamos, valor; si os separo de este niño, es porque necesitamos asegurarle un porvenir.

MAG. Teneis razon, doctor; haced todo cuanto querais.

BEN. A mas ver, Magdalena; hasta luego, hijo mio. (*vase por el fondo; apenas ha desaparecido, Magdalena, que ha estado conteniéndose, cae sobre una silla anegada en llanto. Mauricio se dirige á ella, se arrodilla, y la besa las manos.*)

MAG. Dios de mi corazon! Ya que me habeis hecho sentir todo el cariño maternal, dadme tambien la fuerza y la resignacion de una madre.

ESCENA VI.

Dichos y marineros, trabajadores aldeanos, y poco despues CHARAVEL.

UN ALDEANO. (*entrando.*) Queridos mios, el sol calienta demasiado, y aun nos queda una hora larga de camino para llegar al puerto. Entremos á descansar un rato, y diremos dos palabras al vino que la señora Magdalena tiene reservado para sus parroquianos.

Todos. Si, si. Ola! ah de casa!

MAG. Qué quereis?

ALD. Buenos dias, señora Magdalena; dadnos de beber. Ya sabeis, de aquel vinillo del pais.

MAG. Voy á buscarlo.

MAU. *Estaos quieta, yo iré. (vase por la izquierda.)*

CHA. (*en el fondo.*) Ola! Quién me dá de beber?

ALD. Calla!.. si es Charavel el carpintero del Arsenal!

CHA. (*entrando.*) Ex-carpintero, querrás decir. He tomado mi retiro.

ALD. Quiéres descansar ya, eh?

CHA. Todo lo contrario; me he casado.

ALD. De veras?

CHA. Y con una jóven como unas flores. Esto si que es mas dificil que arbolar una fragata de treinta y seis. (*aparece Mauricio con dos jarros de vino.*)

MAG. Aquí teneis vino y vasos.

CHA. (*sentándose á la mesa.*) Gracias, señora Magdalena. (*á Mauricio.*) Gracias, muchacho. Es muy guapo, por cierto; vamos, toca esos cinco. Aja, ja!.. (*Mauricio le da la mano.*) Conque vosotros me convidais, no es eso?

Todos. Si, si.

CHA. Acepto con mil amores, pero pago yo. Magdalena, venga aguardiente, y sin bautizar; hoy quiero que ruede el dinero: (*vase Magdalena.*) hoy es dia de fiesta para mí.

ALD. Calla, pues qué santo es?

CHA. Es decir, para mí se celebran dos fiestas; la señora Charavel, mi legitima esposa, va á darme un heredero ó heredera; no sé todavia lo que será. La comadre me dijo que era negocio concluido antes del medio dia; pero como la cosa se iba alargando demasiado, he dicho para mí, vámonos á Tolon, donde otra de mis hechuras va á entrar tambien en el mundo. (*Magdalena trae una botella de aguardiente. Mauricio ha acercado el torno de Magdalena al sillón de la izquierda, y la hace señas para que se siente.*)

ALD. Calla, embustero!

CHA. No en verdad. Es una obra hecha con el mayor cuidado; con el corazon de encina, forrada y claveada en cobre.

ALD. De quién hablas?

CHA. Del navío *Duquesne*, que se vota al agua hoy á las cinco. Ese si que es un chico que me ha dado mas que hacer que el de la señora Charavel. He trabajado en él por espacio de tres años, y hubiera venido arrastrando por verle pasar desde las grádas del dique, á los brazos de su madre la Mar.

ALD. Qué hermoso debe de ser ese espectáculo!

CHA. El que no ha visto eso, no ha visto nada; figuraos una casa de cinco pisos llena de gente, colocada sobre una quilla cortante como un cuchillo, y sin otra sujecion que el cable que la detiene sobre un plano inclinado; cortado el cable, el buque avanza, al principio lentamente como un niño que empieza á andar; despues, impelido por su mismo peso, desciende con la rapidez de una alud. Todos los corazones tiemblan; las lenguas permanecen mudas... por fin el buque entra en su elemento; la mar que se entreabre, parece que quiere devorarlo! Es el abrazo de bienvenida; entonces se levanta, se mece con gallardia, cimbran sus palos; toma posesion de las aguas, y la multitud le saluda entusiasmada, porque desde este momento es un apoyo mas para la Francia; quién sabe si será una de sus glorias? (*mirando á Mauricio que escucha con la mayor ansiedad.*) Ola, parece que te gusta?

TODOS. Por la buena suerte del *Duquesne*.

UN ALD. Y se sabe quién cortará el cable?

MAG. El desgraciado que el año último desempeñó esa peligrosa comision, habia contado demasiado con su destreza.

CHA. Es verdad. Aquel pobre diablo habia perdido la cabeza; cogido bajo el casco de la fragata *Melpomene*, fue despachurado como una mosca.

UN ALD. Ni aun restos se encontraron de él.

CHA. Asi es, que el comandante del puerto ha prometido cien escudos de gratificacion al que quiera encargarse de este trabajo.

UN ALD. Y vas tú por ventura...

CHA. Dios me libre!.. A estas horas tengo mujer y un hijo, y para hacer esa locura, es preciso no tener á nadie en el mundo. Ola, ya son las tres; pago y me marcho.

UN ALD. Allá nos veremos.

CHA. Señora Magdalena, cobrad, y lo que sobra dádselo á ese buen mozo; camaradas, en marcha.

TODOS. En marcha. (*se van.*)

ESCENA VII.

MAURICIO, MAGDALENA, y á poco SANTIAGO; *Mauricio permanece en el mismo sitio, absorvido en una profunda meditacion.*

MAG. Qué tienes, Mauricio? En qué piensas? (*Mauricio vuelve en si y empieza á recoger todo lo que hay en la mesa.*) Santiago no puede tardar ya; quita pronto todo eso; lo primero el aguardiente. Cuando bebe, ya sabes que se pone furioso. Cualquiera diria que estaba loco; han dejado la mitad de la botella. (*Santiago entra y se acerca á Magdalena.*) Escóndela al momento.

SAN. (*cogiendo la botella.*) Y dónde?

MAG. (*asustada*) Santiago!

SAN. Con que hay aguardiente en casa?

MAG. No hay mas que lo que ves, y es preciso guardarlo para...

SAN. Para mi. (*bebiendo.*) No parece malo; asi me quitará el mal sabor que me ha dejado lo que he bebido en Tolon.

MAG. (*Dios mio, esa mirada vacilante!..*)

SAN. (*á Mauricio que se acerca.*) Qué tienes que hacer aqui? Márchate.

MAG. Quiere sin duda recoger tu sombrero y tu baston.

SAN. (*tirando el sombrero.*) Mi sombrero? Ahí está; mi baston me quedo con él, por si acaso le necesito para apalearse á alguno. (*coloca el baston sobre la mesa.*)

MAG. (*Desgraciado!*) Déjanos solos, hijo mio. (*á Mauricio que se resiste.*) Lo quiero! (*Santiago se pone á beber; en tanto Mauricio se aproxima á la mesa, coge el baston y se lo lleva.*)

ESCENA VIII.

MAGDALENA y SANTIAGO.

MAG. Te han condenado, Santiago?

SAN. Si, á pagar cien escudos; cien escudos por un conejo que no valia seis sueldos!

MAG. Por eso no; será por haber desobedecido á la ley.

SAN. La ley!.. La ley!.. Déjame en paz, necesito beber; necesito olvidarlo todo.

MAG. Mejor será que pensemos en pagar la multa.

SAN. Ya se vé que lo pienso, y por lo mismo...

MAG. Has resuelto cambiar de vida, no es cierto? Volver á tu antiguo oficio? Tú tienes habilidad, y ganabas, sin cansarte, un escudo diario; tú trabajarás, Santiago; yo iré á ver á los magistrados, les pediré una próroga, que me concederán, y...

SAN. No irás á ver á esos desalmados, sino á Mma. de Grandpré.

MAG. A Mma. de Grandpré.

SAN. He oido decir que ha vuelto; te queria mucho, y es preciso que te pruebe su cariño; es preciso que pague por mi.

MAG. Qué dices!.. Ir yo á pedir dinero á una persona á quien hemos engañado tan infamemente!.. Que llora por causa nuestra hace catorce años!.. No, no, eso seria indigno; no iré.

SAN. Irás, ó sino... (*levanta la botella para tirársela á Magdalena, que da un grito; Mauricio aparece y se coloca entre los dos; Magdalena le separa.*)

ESCENA IX.

Dichos, y MAURICIO.

MAG. Mátame, Santiago; pero no esperes que vaya á casa de Mma. Grandpré.

SAN. Necesito esos cien escudos; los necesito mañana mismo. Lo oyes bien, Magdalena? O de lo contrario me meterán en la cárcel.

MAG. (*Dios mio! En la cárcel! El! Mi marido!..*) Santiago, mañana tendrás ese dinero. (*vase.*)

SAN. Tendré ese dinero!.. Y no quiere pedir nada á Mma. de Grandpré? Entonces debe poseer algunos ahorros; algun tesoro escondido que ella guarda para si... Tú que eres su protegido, debes saber donde está; tú lo sabes, y vas á decírmelo. (*á Mauricio que le jura no sabe nada.*) Si... estás bien aleccionado; tal vez como se siente enferma, querrá dejarte lo que ha guardado. Es decir que tú... un extraño... un vagabundo, que siempre encuentro colocado entre Magdalena y yo, me despojarás de lo que me pertenece? No será, vive Dios, y para que no me robes mañana tal vez, te arrojé hoy de mi casa.

MAU. Arrojarame! A mi!..

SAN. Hace mucho tiempo que te aborrezco, que tu presencia me irrita; estoy seguro de que has de ser la causa de mi desgracia.

MAU. Por Dios, no me despidais. A dónde iré? Estoy solo en el mundo. Castigadme, matadme, pero no me despidais.

SAN. Te despido, y hoy mismo, y en el instante. (*Mau-*

ricio se arroja á sus pies y Santiago le rechaza.) No me toques, ¡vívora! no me toques. (Si yo pudiese encontrar el escondite de Magdalena!) Tal vez bajo el cobertizo. (*vase por la segunda puerta de la izquierda; aparecen por el foro varios aldeanos.*)

UN ALD. Eh! Mauricio! Estás ahí? (*Mauricio enjuga sus lágrimas, se levanta, y dice que sí.*)

ALDEANO. Vamos al puerto á ver votar el navio; pide licencia á Magdalena para venir con nosotros. En la puerta Real te esperamos; verás cortar el cable, despacha. (*se va; Mauricio como herido de una idea repentina, les ofrece ir á buscarlos.*)

ESCENA X.

MAURICIO y MAGDALENA; *Mauricio coge el sombrero y la chaqueta.*

MAU. Me voy, no por miedo de Santiago, sino por el cariño que tengo á Magdalena, por la cual daría mi vida. (*Mauricio esconde el sombrero y la chaqueta.*)

MAG. (*saliendo.*) No está aquí. Mauricio... hijo mio, tengo que pedirte un favor. Santiago tenia razon; es preciso pagar mañana sin falta la multa que le han impuesto; pero no hay dinero en casa y estoy demasiado delicada para poder ir hasta Tolon. Ve tú, hijo mio; el mes pasado me acompañaste cuando fui en casa del señor Bernier, el platero que está en la calle Mayor, te acuerdas?

MAU. Sí.

MAG. Sabrás encontrar la calle y la casa?

MAU. Sí.

MAG. El me dió una pequeña cantidad por dos cubiertos que le vendi con objeto de comprar provisiones para la casa. Hoy vas á llevarle esta caja que contiene una cadena de oro que me regaló Mma. de Grandpré, unos pendientes, mi cruz y algunas alhajas que pertenecieron á mi madre, y que yo creí poder conservar hasta mi muerte. Entrégalas á Mr. Bernier, y traeme el dinero que te dé por ellas. Aguarda, quiero estampar el último beso en esta cruz que pendia del cuello de mi pobre madre en sus últimos momentos. Esto es todo lo que me queda de ella; perdóname, madre mia, si me separo de este recuerdo tuyo... (*besa la cruz.*) Toma, recójelo todo y marcha.

MAU. Yo no lo llevo, conservadlo.

MAG. Concibes cuán costoso me es este sacrificio! Pero es preciso; no me queda otro recurso, y á pesar de su mala conducta, no quiero que mi marido vaya á una prision. Quién me dará el dinero que necesito para salvarle?

MAU. Yo.

MAG. Tú! Pobre niño! (*guarda la caja.*)

ESCENA XI.

Dichos, y SANTIAGO.

SAN. Todavía estas ahí? Ya has tenido tiempo de despedirte? (Nada he encontrado.)

MAG. De despedirse!...

MAU. Sí, me voy.

MAG. No comprendo...

SAN. Somos demasiado pobres para alimentar y dar asilo á los mendigos; por consecuencia le arrojé de mi casa.

MAG. A él! A Mauricio! Yo no quiero!

SAN. En esta casa no hay mas amo que yo.

MAG. Mauricio?

MAU. Obedezco, y me voy. (*toma su sombrero y baston.*)

MAG. Y quién te protegerá, pobre huérfano?

MAU. El cielo. (*se aleja volviendo la vista hácia Magdalena.*)

MAG. (*cayendo de rodillas.*) Santiago... Santiago... has arrojado de casa á ese niño; quién sabe si seria el angel del perdon que Dios nos enviaba? (*cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala en el castillo, con vistas al jardin; puerta grande en el fondo; á la derecha, en segundo término, una ventana, puerta en primero, izquierda; sillas y sofás.

ESCENA PRIMERA.

BAUTISTA, y á poco BEAUMIGNON.

BAU. Pues señor, ya esta abierta la verja grande. Cuando la señora vuelva de Tolon, podrá llegar el carruage perfectamente hasta el pie de las escaleras. (*ruido dentro.*) Ave Maria Purísima! Quién mueve tal estrépito? Misericordia! Un caballo que galopa sobre mis campanas de vidrio! Un hombre viene montado en él! Patapum! hombre y caballo han caido rodando en medio del melonar! Si habrá muerto el ginete? No... Se levanta... Se dirige hácia aquí... Calle! Es Beaumignon! Si se habrá vuelto loco!...

BEAU. (*saltando por la ventana.*) Habeis visto á mi muger?...

BAU. A vuestra muger?

BEAU. Ha vuelto, no es verdad? Ha entrado furtivamente con dos acompañantes...

BAU. No.

BEAU. Ha sido con uno solo? No lo creo...

BAU. Todavía no ha parecido por aquí.

BEAU. Pues si salió de Tolon antes que yo!...

BAU. Ya! Pero si habeis andado todo el camino á ese paso...

BEAU. Justamente... Tal vez habré adelantado al cabriolé, á ese infernal carruage en que mi muger venia como la casta Susana entre dos viejos; solo que uno de ellos era jóven.

BAU. Y para alcanzar á vuestra muger os habeis dado tan mal rato?

BEAU. Todo el mundo la miraba en Tolon; amostazado con tanto exámen, se la entregué al doctor Benois, á quien hallé en el puerto casualmente, para que la condujera aquí sin pérdida de tiempo. El doctor es viejo y feo por añadidura, podia confiársela sin cuidado, pero imaginad cuál seria mi asombro, cuando vi que en lugar de dos subian tres en el carruage. El tercero era el sobrino del doctor, y este sobrino era mi colegial, mi maldito colegial, que ha vuelto del otro mundo. Entonces parti á la carrera para alcanzarlos; gritaban las gentes que me detuviera... detenerme! cuando mi muger iba corriendo con... en aquel momento me di de hocicos con una...

BAU. Con una pared?

BEAU. No... con un caballo que comia tranquilamente su pienso á la puerta de una posada; le cojo, salto sobre él, le meto los talones en los hijares... y parte al galope... sin silla ni brida. Le escito con la voz, con las rodillas, le pincho, le muerdo... el animal no corria, volaba; unos minutos mas y ya iba á alcanzar el carruage, cuando la maldita bestia deja el camino y se dirige á la izquierda; quiero detenerla, pero quíá, imposible! De loca que estaba se volvió furiosa; salta

los vallados... salva las zanjas, pasa á nado los arroyos, en una palabra, pierdo el equilibrio, me escuro, me tuerzo, pero asido siempre á la crin, me sostengo gritando: infame animal, yo he de llegar contigo, encima ó debajo, y he llegado efectivamente... debajo...

BAU. Vaya un viage! En resumidas cuentas habeis robado un caballo?

BEAU. Es verdad; pero cuando estoy zeloso no reflexiono. Heriria, mataria, robaria... al mismo demonio.

BAU. El pobre animal debe haberse muerto; ha caido entre las hortalizas... Calla! se ha levantado, y está devorando las frutas; mi jardin está perdido, voto vá! Caballo! (se marcha.)

BEAU. Hum! Perdido su jardin!.. El á lo menos está seguro de encontrarle, en tanto que mi muger está perdida... Estoy por volver á montar nueyamente á caballo! Pero mis fuerzas no me lo permiten!.. Me encuentro molido! Sentémonos... No, no puedo estar quieto, y voy...

BAU. (dentro.) El señor Beaumignon está en la sala.

BEN. (dentro tambien.) Bien, amigo mio, bien.

BEAU. Preguntan por mi! Será mi muger que me busca? Cuántos la acompañarán?... Dios mio, viene solo!

ESCENA II.

BEAUMIGNON y BENOIS.

BEN. (entrando por la derecha.) Al fin os encuentro! Buenas cosas habeis hecho!

BEAU. Y vos, qué habeis hecho de mi muger?

BEN. Tranquilizaos; el golpe no es de consideracion.

BEAU. El golpe!..

BEN. Veniamos en el bombé, y bien estrechos por cierto, cuando un caballo que galopaba á espalda nuestra espantó el mio; quiero detenerle, y refrenándole, le llamo hácia la derecha; desgraciadamente habia una zanja; el carruage se inclina, vuelca y...

BEAU. Habeis volcado á mi muger?

BEN. Afortunadamente el miedo ha sido mayor que el daño; por lo tanto, y viendo que se habia desmayado, me paré en la mitad del camino para suministrarla los socorros necesarios. Ahora la he dejado en mi casa, y he venido á preveniros...

BEAU. En vuestra casa? Mi muger en vuestra casa? Y la habreis dejado sola?

BEN. No tal; queda con ella mi sobrino, que está á la cabecera de su cama.

BEAU. Válgame San Marcos!

BEN. Tranquilizaos; mi sobrino no se separará de ella ni un momento.

BEAU. (Qué bruto es este hombre! Los dos manos á boca y me dice que esté tranquilo.) No sabeis, desgraciado, que mi tormento, mi pesadilla, el que me ha hecho correr de Paris á Cádiz, de Cádiz á Tolon, y al cual encuentro siempre montado sobre mis narices, es él?

BEN. Quién? Mi sobrino!

BEAU. El mismo. Y no contento con dejarle caer sobre mi muger, le dejais ahora solo con ella!.. Yo quiero sorprenderlos.

BEN. César, escuchadme.

BEAU. Caa... nario, que os escuche cuando hace media hora que... (vase.)

BEN. (vase detrás diciendo.) César... César.

ESCENA III.

BAUTISTA, GRANDPRÉ y DELATOÜR.

BAU. (por el fondo, y Grandpré por la izquierda.) Voy á anunciar una visita á mi amo; justamente viene aqui.

Señor, esta targeta de parte de un caballero que acaba de llegar.

GRAND. Qué veo! Armando Delatour! Y dónde está?

BAU. En la avenida del parque... voy...

GRAND. No, no, voy yo mismo á buscarle. Armando!

DEL. (aparece en el foro, Grandpré se dirige á él y se abrazan los dos.) Enrique!..

GRAND. Es posible que te estrecho en mis brazos? Habia perdido la esperanza de volverte á ver.

DEL. En hora bien dichosa vuelvo á Francia. Creia no encontrar mas que corazones frios ó caras indiferentes, y me veo recibido por un amigo, abrazado por un hermano.

GRAND. Ingrato! Ocultarme tu partida á Méjico, donde, segun dijeron, ibas á buscar fortuna! Y en quince años que han pasado, no haberme dirigido ni una sola carta!

DEL. Tú eras dichoso, Enrique. Yo infelizmente desgraciado; no quise amargar los placeres de tu vida, refiriéndote los dolores de la mia.

GRAND. La alegria y el pesar no han sido siempre comunes entre nosotros?

DEL. Estabas ausente de Paris, cuando una profunda melancolia me inspiró la resolucion de espatriarme.

GRAND. Y por qué no me confiaste la causa de tus penas?..

DEL. Este secreto, el único que mi amistad te ha ocultado, no me pertenecia á mi solo. Además, tu cariño hubiera sido impotente contra la desgracia que pesaba sobre mi; pero olvidemos por un momento lo pasado, y hablemos ahora de ti. A mi partida se abria para ti la vida, bella y hermosa como una flor. Estabas casado con una muger encantadora.

GRAND. Tú me recuerdas la sola prueba á que Dios me ha sometido en el mundo; prueba cruel! Entonces me parecia que la herida abierta en mi corazon, no podria cerrarse jamás; que nunca otra muger volveria á encender aquel amor muerto con mi amada Carolina. Despues de tres años de crueles recuerdos, me vi precisado á ceder á las instancias de mi familia, y contraer nuevos lazos.

DEL. Has vuelto á casarte!..

GRAND. Si; y toda la felicidad que me prometia Carolina, la he visto asegurada en Clemencia.

DEL. Clemencia!

GRAND. Es el nombre de mi esposa, á la cual voy á presentarte hoy mismo, apenas regrese de Tolon. Si no me engaño, tu frecuentabas la casa de su padre el señor de Senneville?

DEL. El conde de Senneville! Que murió hace dos años!

GRAND. El mismo.

DEL. (Dios mio... Es ella!)

GRAND. Solo nos falta un hijo para que nuestra felicidad sea completa; daria cuanto poseo por tener semejante dicha... Un hijo!.. Cuánto le amaria!.. Y esta debe de ser la causa de la melancolia de Clemencia. Estoy seguro que tu vista la servirá de distraccion; así no pienses en marcharte; ningun lazo de familia, ninguna afecion te sujeta; por desgracia eres solo en el mundo!

DEL. (Dios eterno! qué hacer!)

GRAND. Segun dijeron, parece que un amor desgraciado te habia hecho abandonar este pais; pero ya han

transcurrido muchos años, y aquella pasión se habrá extinguido.

DEL. Por lo menos no me queda esperanza.

GRAND. Si tu amada se ha olvidado de ti, si pertenece á otro, ya la borrarás de tu memoria; mi amistad te ayudará. Vamos, es cosa convenida; permanecerás aquí durante algunos meses.

DEL. Dentro de pocos días partiré en busca del solo bien que me queda en el mundo, y que tal vez el cielo, compadecido de mis sufrimientos, habrá querido conservarme.

GRAND. Alguien se acerca. Es Clemencia; voy á presentarte á ella.

ESCENA IV.

Dichos, CLEMENCIA y dos criadas por el foro derecha.

GRAND. (*á Clemencia.*) Te aguardaba con impaciencia; pero qué tienes? Esa palidez!.. Esa alteración!.. (*la conduce al sofá de la derecha. Delatour se retira por la izquierda. Las criadas rodean á Clemencia de modo que no pueda ver á Delatour.*)

CLE. No es nada. Estoy todavía bastante conmovida con la impresión que acabo de recibir. Te asusta verme con los ojos humedecidos por el llanto? Yo he visto alrededor de mí llorar, como si fueran niños, á marineros endurecidos por el trabajo, y todos los corazones latían como el mío, llenos de ansiedad!

GRAND. Qué ocurre pues?..

CLE. Ya sabes que un pobre presidiario debía rescatar la libertad á riesgo de su vida, cortando el último obstáculo que detenía al gran navio sobre las gradas del dique; apenas llegué, se acercó aquel infeliz á una señal del almirante; su rostro estaba pálido, pero resuelto al parecer. Se apoderó del hacha que le presentaron, y con paso seguro se dirigió al plano inclinado; pero no bien llegó á colocarse sobre el buque, y á ver mas de cerca lo eminente del peligro, se sintió desfallecer, y arrojando el hacha que apenas podía sostener en las manos, gritó: «Yo no quiero morir, volvedme á mis cadenas.» En vano se acercaron á él para animarle, para convencerle; el almirante se opuso á que se instara nuevamente á aquel hombre dominado por el terror. La ceremonia no podía seguir adelante, y cada uno se disponía á volver á su casa, cuando un jóven del pueblo, casi un niño, saliendo de entre la multitud, se apodera del hacha, y antes que nadie pudiera tratar de detenerle, ya estaba sobre el navio; con un gesto detuvo á los que le seguían con objeto de arrancarle de una muerte cierta. Todos temblaban por él!.. Su semblante estaba sereno. Se arrodilla, lleva á los labios un escapulario que escondía en el pecho, y con brazo firme y animoso levantó el hacha y descargó el golpe; siéntese un horrible crugido, y aquella inmensa mole de madera se desliza con la rapidez de la paloma. Un grito de terror se oyó por todas partes. El niño habia desaparecido; pero cuando se disipó aquella nube de polvo, se le volvió á ver ocupando tranquilamente su puesto. Toda la concurrencia empezó á aplaudir; por todas partes resonaban gritos de entusiasmo y de alegría. El jóven se acercó modestamente al comisario del puerto y recibió de sus manos la recompensa que habia ganado con tanto peligro. Redoblaron los aplausos, y él, como avergonzado de su triunfo, desapareció al momento entre la multitud.

GRAND. Comprendo tu emoción; y en recompensa del mal rato que has tenido, quiero que compartas conmigo la alegría de haber encontrado, por una casualidad, al

mas antiguo y mejor de todos mis amigos. Te presento, querida mía, á mi compañero de infancia, Armando Delatour! (*Delatour se presenta.*)

CLE. Delatour! (*sorprendida.*)

GRAND. Os conociais?

DEL. Si, querido, y se explica fácilmente la sorpresa de esta señora. He tenido en otro tiempo el honor de dar algunas lecciones de dibujo á la señorita de Sennville. Cuando me despedí no creí volver á pisar el suelo de mi hermosa Francia, y mi vista habra sido un suceso inesperado para esta señora.

CLE. En efecto!..

DEL. Pero á lo que parece, estais conmovida todavía de resultas del suceso que acabais de pintarnos con tan bellos colores. (*á Grandpré.*) Y si me permites!..

GRAND. No consiento que te separes de mí; ya sabes, Clemencia, que Mma. Fermont, tu hermana, debe llegar hoy mismo; tengo que dar algunas órdenes!..

CLE. Yo iré.

GRAND. No. Estás fatigada; has sufrido mucho; quédate, vuelvo al instante. Con tu permiso!.. (*vase; Clemencia se aleja de Delatour que la detiene.*)

DEL. Señora!.. Es preciso que os hable.

CLE. Caballero!.. (*pasando cerca del sofá de la izquierda.*)

DEL. No creais, Clemencia, que voy á recordaros lo pasado, olvidando lo que debo á Grandpré mi huésped y mi amigo. En las vírgenes selvas del nuevo mundo, una sola esperanza me hacia soportable la vida; volver á Francia, encontraros libre, dar un nombre á mi hijo. Despues de catorce años de destierro, obtuve permiso para volver. Os encuentro, Clemencia, y la fatalidad levanta entre nosotros una barrera insuperable. Dentro de algunos días, de algunas horas tal vez, os daré un eterno á Dios; pero no puedo abandonaros sin saber si el cielo me ha castigado!.. Oh!.. no!.. es imposible!.. Si me ha dejado vivir, es porque debia volver á ver á mi hijo.

CLE. Esto solo me faltaba! Y era por mí, Armando, era por mi propia boca por la que debiais saber!.. Dadme fuerzas, Dios mío! (*hace señas á Delatour para que vea si hay alguien que escuche; sentándose en el sofá. Delatour de pie á su lado.*) Cuando tuve noticia de vuestro duelo con el señor de Nangis, mi turbación y mis lágrimas me descubrieron. La marquesa de Fermont, mi hermana, me arrancó fácilmente nuestro secreto, y lejos de apiadarse de nosotros, se lo reveló todo á mi padre, el cual obtuvo vuestro destierro. Viéndome separada de vos, creía que al menos dejarían á la pobre madre su hijo, su único tesoro. Con él hubiera yo aceptado la oscuridad, la miseria!.. una prisión perpétua. Hice sacar á nuestro hijo del misterioso asilo en que le habia hecho ocultar, y le confié á los cuidados de Magdalena, mi doncella, y de Santiago su marido. A poco tiempo abandonaron el país, segun llegué á saber, para ocultar á mi hijo en uno de los barrios de París. París! ese golfo inmenso en donde todo rastro se pierde y desaparece!.. Ya no veia á mi hijo, pero sabia de él por Magdalena, á cuyas manos pude hacer llegar secretamente un medallón que encerraba mi retrato. Aquella joya, obra vuestra, no debia separarse de mi hijo, para que pudiera al menos conocer las facciones de su madre. Yo tambien esperaba que tal vez llegaría un día en que vinierais á reuniros conmigo; pero no contenta la marquesa con haber causado vuestra perdición, quiso arrancarnos hasta la última esperanza. Resolvió casarme, y me presentó á Mr. de Grandpré. Yo me opuse decididamente á cubrir de oprobio el nombre de aquel

hombre honrado á quien se habia querido engañar. Mi padre, persuadido por mi hermana de que este casamiento salvaba el honor de su familia, y encontrándome cada vez mas resuelta, me amenazó con la muerte de mi hijo. La pobre madre, atemorizada, consintió en todo cuanto de ella se exigia. La marquesa me habia ofrecido entregar á Mr. Grandpré, antes de firmar los contratos, una carta escrita por mi; esta carta se lo revelaba todo, escepto vuestro nombre, y le fue entregada por ella delante de mi.

DEL. Proseguid.

CLE. No sé si fue piedad ó algun otro sentimiento, Mr. de Grandpré se presentó al día siguiente en mi casa con semblante tranquilo y ojos serenos. Celebróse nuestro matrimonio, y hace catorce años que no ha salido una sola palabra de la boca de mi esposo, que recordándome lo pasado, hubiera podido sonrojarme.

DEL. Alma noble y generosa!.. Pero nuestro hijo, Clemencia, nuestro hijo!..

CLE. (Dadme fuerzas, Dios mio!) Poco tiempo despues de mi matrimonio, supe que Magdalena y Santiago habian vuelto al país, pero solos, y mi hermana me anunció que el hijo de mis entrañas habia muerto en París, entregándome la partida que lo acreditaba.

DEL. Muerto!.. Hijo de mi alma!

CLE. (levantándose.) Silencio. Alguien viene... Enjugad vuestras lágrimas, Armando. Ahogad vuestros sollozos; recobrad la calma y sonreid. Es un suplicio horrible, no es cierto? Hace catorce años que le estoy sufriendo, y ya lo veis, el dolor no ha acabado conmigo.

ESCENA V.

Dichos, GRANDPRE, la MARQUESA DE FERMONT y criados que entran por el fondo.

GRAND. Aquí la teneis.

MAR. Querida Clemencia!..

CLE. (yendo hácia ella.) Bienvenida, hermana mia.

MAR. Cuánto has cambiado! Te encuentro pálida, desmejorada... (viendo á Delatour.) Ah! perdona, no estas sola.

GRAND. Permitidme, señora, que os presente al mejor de mis amigos, al caballero Armando Delatour.

MAR. (saludando.) Ya habia tenido noticias de la vuelta á Francia de este caballero, (bajo á Clemencia.) y por eso he venido.

GRAND. Clemencia, dad las órdenes necesarias para que la marquesa tome posesion de su cuarto.

CLE. He hecho disponer para mi hermana el pabellon del jardin, y voy á conducirla yo misma.

MAR. Con mil amores. Estoy cansada!

GRAND. (á Clemencia.) Deja, te ahorraré ese trabajo. (Me asusta su palidez!) (va hácia el fondo y dá órdenes á los criados y se marchan.)

MAR. (bajo á Delatour.) Es preciso que abandoneis el castillo esta noche misma, y mañana la Francia.

DEL. (con frialdad.) Cuando haya visto á Magdalena, cuando haya hablado á su marido, cuando sepa, en fin, si mi hijo ha muerto por la mano de Dios ó por la vuestra. (Grandpré presenta la mano á la marquesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en el primer piso de la casa de Santiago; puerta en el foro derecha; ventana en la misma linea á la iz-

quierda, con salida ambas á dos á un balcon de madera; selva en el foro; á la derecha, segundo término, una puerta que dá á la escalera; en primero, á la izquierda, una chimenea; en segundo una puerta que se supone dar á la habitacion de Magdalena. En un rincon del foro aparador con botellas y vasos, mesas, etc.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, AGUEDA y á poco SANTIAGO. Al levantar el telon, Magdalena, pálida é inmóvil, está sentada en un gran sillón, cerca de la chimenea; Agueda atiza el fuego.

AGUE. Por mas que avivo la llama, nada es bastante para hacerla volver en si. Dios mio, esa palidez, esa inmovilidad me da miedo. Ya era tiempo que Santiago volviese con un médico. (Santiago en el fondo y sin atreverse á entrar.)

SAN. Agueda... Señora Agueda, cómo se encuentra?

AGUE. Lo mismo; ni un suspiro; ni un movimiento; fria como un cadáver; mirad.

SAN. Es cierto!.. Pobre Magdalena! (tomando la mano á Magdalena.) Si habrá muerto!.. Dios mio!

AGUE. El doctor podrá proporcionarla algun alivio. Viene con vos?

SAN. Mil truenos!.. No, vengo solo. Cuando al despuntar del dia llegué á casa de Mr. Benois, acababa de salir para Aix, donde le habian citado para que depusiera como testigo en una causa criminal. Entonces corrí de un lugar á otro demandando socorros para Magdalena, pero no he hallado una sola persona que viniera á prestarnos auxilio. Yo no puedo dejarla así; morir por culpa mia!.. Callad, Agueda, no me digais que he sido causa de la muerte de mi muger; no me lo digais, porque seré capaz de matarme.

AGUE. Calmaos, amigo mio!.. Silencio... creo que Magdalena ha suspirado.

SAN. En efecto, abre los ojos.

MAG. (volviendo en si y mirando á todas partes.) Qué sueño tan pesado!.. Siento una flojedad!..

SAN. Eso no es nada, Magdalena, ya se pasará. Vives, y es todo lo que le pediamos á Dios.

MAG. Pero qué ha sucedido? Desde cuándo estoy así?

SAN. Desde ayer noche.

AGUE. Doce horas en el mismo estado!

MAG. (asombrada.) Desde ayer!..

AGUE. Pero ahora nada hay que temer, y con vuestro permiso me vuelvo á mi casa.

SAN. Hacedme el favor de permanecer un rato en la sala baja; tal vez vengan algunos parroquianos... Magdalena no se halla en estado de servirlos, y yo no puedo abandonar á mi muger.

AGUE. Con mucho gusto; cuidaos, Magdalena. (Santiago, escarmentad con este aviso. Si vuestra pobre muger hubiera muerto, todo el mundo, y yo la primera, os hubiéramos acusado de ser la causa de su muerte.) (se vá.)

ESCENA II.

MAGDALENA y SANTIAGO.

MAG. Qué quiere decir?

SAN. Ayer, despues que Mauricio salió de casa, tuviste un ataque tan violento, que ni mis cuidados, ni mis promesas de arrepentimiento, pudieron apaciguarte; entonces perdí la cabeza, y casi loco de desesperacion, tomé al acaso un pomito que estaba en ese cajon donde guardas las medicinas que Mr. Benois te ordena. Apenas algunas gotas humedecieron tus labios, la crisis cesó de todo punto. Con la alegria de verte mas

tranquila, lloraba como un niño, pero después esa horrible calma me dió miedo; ha durado toda la noche, y llegué á temer no fuese la de la muerte.

MAG. Dices que le tomaste del cajón?

SAN. (*sacando la botellita.*) Sí; aquí está.

MAG. (*tomándola.*) En efecto, unas gotas más, y ya habría dejado de sufrir; en este momento estaría en la presencia de Dios.

SAN. Cielo santo! Y yo que creía que era un calmante!

MAG. Es opio.

SAN. Un veneno! Y por orden de Mr. Benois...

MAG. No, me lo he procurado en secreto, y no con poco trabajo.

SAN. Tú, Magdalena! Y cuándo?

MAG. Un día, asustada de tus violentos accesos de cólera, me dije á mi misma: «Será capaz de matarme;» yo no quería recibir la muerte de tu mano. Si he retrocedido ante esta resolución, es porque aquella noche, al volver de la ciudad, trayendo conmigo ese frasco, que debía proporcionarme un reposo eterno, encontré á nuestro pobre Mauricio espirando de frío y de necesidad! Su desgracia me dió valor para soportar la mía; olvidé en un momento mis proyectos,.... y tú no has comprendido hasta ahora, que la adopción de ese huérfano era la espacion del asesinato que cometiste.

SAN. Un asesinato!..

MAG. Sí, tú diste muerte á aquel niño que se nos había confiado; has arrojado de tu casa al ángel que Dios nos había enviado.

SAN. Consuélate, Magdalena, consuélate; yo te le volveré, y si mi desgracia me lleva á una prisión por no pagar la multa á que he sido condenado durante este tiempo, al menos, no vivirás sola; Mauricio te acompañará. Qué diablos! Desde ayer no puede haberse ido muy lejos; me informaré por todas partes del camino que ha tomado, y estoy seguro de encontrarle.

MAG. De veras!.. Santiago, me prometes traerlo?

SAN. Te estraña oírme hablar así, no es verdad? A mí? A un bribon?... A un hombre sin alma?... Tienes razón, Magdalena. Hasta ahora no he sido más que un miserable, y nunca creí que mi conducta pudiera hacer que te perdiera para siempre; pero lo que he sufrido cuando te creía muerta... esto no se olvida jamás! Verás como no lo olvido; voy en busca del niño.

MAG. Vuelve con él, y todo te lo perdono.

SAN. Volveré con él, Magdalena, te lo juro. (*aparece Mauricio; á poco Charavel y aldeanos.*) Mirale. (*Mauricio, que vá á arrojarse en brazos de Magdalena, se queda parado á la vista de Santiago; Magdalena se dirige hácia él.*)

MAG. Mauricio!.. Hijo mio!

SAN. Ven, no tengas miedo; ya no te arrojare más de mi casa. (*Mauricio abrazando á Magdalena.*)

MAU. Será verdad?

MAG. Ya no te separarás de nosotros.

MAU. Todo os lo debo á vos. Gracias, gracias!

SAN. Ahora que ya estais reunidos, que vengan á prenderme cuando quieran. Estoy pronto.

MAU. No ireis á la prisión.

SAN. Que no iré! Quién pagará la multa?

MAU. Yo.

SAN. Pobre niño! Dónde irás á buscar cien escudos nada menos?

MAU. (*haciendo sonar el dinero en sus bolsillos.*) Yo los tengo aquí.

MAG. Tienes dinero!

MAU. (*echando el dinero sobre la mesa.*) Mirad.

MAG. Y á quién pertenece eso?

MAU. A mí, á mi solo!

SAN. Desgraciado! Qué has hecho? Lo has robado?

CHA. (*entrando.*) Qué es eso de robar! Quién se atreve á decir semejante cosa? Ese dinero le ha ganado legítimamente y á riesgo de su vida; nosotros somos testigos.

MAG. A riesgo de su vida!..

SAN. Pues qué ha hecho?

CHA. A no haber sido por Mauricio, el navío que está á flote desde ayer, permanecería aun en el dique. Se necesitaba valor y un corazón de hombre para cortar el cable. Los hombres han retrocedido delante del peligro, y un niño ha tenido el valor que á ellos les faltaba.

MAG. Gracias, Dios mio, por habérselo conservado.

SAN. Y te has atrevido? Deja que te abrace. Es la primera vez, pero juro que no será la última.

MAU. *Con toda mi alma.* (*se arroja en los brazos de Santiago; después exhala un grito como de sufrimiento.*)

SAN. (*mirándole.*) Se ha puesto pálido! Te sientes malo?

MAG. (*dirigiéndose á Mauricio y haciéndole sentar cerca de la mesa de la derecha.*) Estará herido tal vez!

CHA. Eso no es nada. Le hemos cuidado muy bien en el puerto, y aun estaríamos allí, si no se nos hubiese escapado esta mañana para volver acá; ahora está en buenas manos, y podemos volvernos á casa.

SAN. Aguardad un instante; no quiero que os vayais sin haber bebido un trago á la salud de Mauricio.

CHA. Con mucho gusto.

SAN. A la mesa, señores.

MAG. Por Dios, Santiago!

SAN. No tengas cuidado; te doy palabra de no beber. (*se marchan todos.*)

ESCENA III.

MAGDALENA y MAURICIO.

MAG. Hijo de mi alma! Pero no conocias el peligro que te amenazaba?

MAU. Sí.

MAG. Lo sabias, y no has temblado?

MAU. No.

MAG. Tan jóven, tan débil!..

MAU. *Me sentia animado por una fuerza superior.*

MAG. Y esa fuerza, la fundabas en tu corazón?

MAU. *Y en la proteccion de Dios!*

MAG. Comprendo; le has invocado, y eso te inspiró confianza.

MAU. *Mi confianza está en el cielo y sobre mi corazón.*

MAG. Qué quieres decir? No cifras tu esperanza en el cielo solamente? En qué otra cosa, pues, puedes fundarla?

MAU. (*sacando el medallon y besándole.*) *En esto.*

MAG. Ah! sí! Ahora recuerdo; ese escapulario que tenias colgado al cuello cuando te encontré, y que tal vez será un recuerdo de tu pobre madre.

MAU. *Lo ignoro.*

MAG. Lo ignoras?

MAU. Sí.

MAG. Le has llevado siempre contigo?

MAU. *Siempre.*

MAG. Encierra alguna imágen?

MAU. No.

MAG. No! Y sin embargo, te gusta contemplarle?

MAU. (*de rodillas.*) *Cuando me duermo, le llevo á mis labios; después sobre mi corazón.*

MAG. Entonces, no comprendo...

MAU. *Mirad.*

MAG. (tomando el medallon.) Un retrato de muger!..

MAU. Qué hermosa es!

MAG. (examinándole.) Dios mio! Este medallon! Estas facciones!.. Me engañan mis ojos!.. No puede ser... no es ella... pero si... y en las manos de este niño!.. entonces... oh!.. Yo no puedo creerlo!.. Dios mio, Dios mio! Si será cierto?

MAU. Qué tenéis?

MAG. Dices que este medallon te ha pertenecido siempre?

MAU. Siempre.

MAG. Y no sabes quién es esta muger?

MAU. No.

MAG. La has visto alguna vez?

MAU. Nunca. La conocéis vos?

MAG. Si la conozco!.. Oh! mucho!.. mucho!

MAU. Qué dicha! Conducidme á su lado.

MAG. A su lado? Eso es imposible!

MAU. (con tristeza.) Y por qué?

MAG. Por qué?... No me lo preguntes... y sobre todo, en este momento. Ya lo ves, estoy loca, no me atrevo á dar crédito á mis ojos ni á mi corazón. Antes de responderte, es preciso que me pregunte á mi misma, que hable á Santiago, nada más puedo decirte. Por mi... por ti... por ella... te ruego que no me obligues á hablar.

MAU. (conmovido por la agitacion de Magdalena.) Tranquilizaos, no os preguntaré mas.

MAG. Alguien se acerca; es Santiago sin duda.

MAU. (mirando hácia el foro.) Si, él es.

MAG. Entra en tu cuarto; necesitas de reposo; déjame sola con él. Anda, hijo mio, anda; pero por Dios te pido que guardes bien ese retrato; no le enseñes á nadie... á nadie! Lo oyes?

MAU. Os lo prometo. (guarda el medallon con el escapulario y se marcha por la izquierda.)

ESCENA IV.

SANTIAGO y MAGDALENA.

SAN. He cumplido mi palabra, Magdalena; seis botellas de vino han bebido delante de mi, y no he probado una sola gota.

MAG. Oye, Santiago.

SAN. Qué tienes? Qué agitacion es esa?

MAG. Oyeme te digo.

SAN. (recogiendo el dinero que hay sobre la mesa.) Habla, ya te escucho.

MAG. Santiago, muchas veces has debido arrepentirte de aquel crimen...

SAN. Siempre el mismo recuerdo! No tienes piedad de mi, Magdalena?..

MAG. Crees en Dios?

SAN. Por qué me lo preguntas?

MAG. Quiero que me digas la verdad, como se la dirias á él!..

SAN. La verdad?

MAG. Cuando la marquesa de Fermont, en nombre de su padre, el señor de Senneville, confió á nuestro cuidado al hijo de la señorita Clemencia... Cuando esta nos envió la primera suma de dinero, te dijo: «Ireis á vivir á París, y cada mes recibireis una cantidad igual, no es cierto?

SAN. Verdad es; esas fueron sus palabras.

MAG. Despues añadió: «Si á pesar de vuestros cuidados, mi hijo tuviera la desgracia de morir, en vez de la pension que disfrutais, os aseguraré un pequeño capital, bastante para ponerlos al abrigo de la miseria.

SAN. Pero á qué viene recordar?..

MAG. Dos años despues de habernos instalado en Pa-

ris, el niño estaba hermoso como un angel; yo le queria con el mismo frenesí que queria á su madre. Un notario de Orleans era el encargado de satisfacer nuestra pension. Generalmente tú hacias este viage; un dia me digiste que fuera en tu lugar... y dejé el niño confiado á tu custodia; cuando volví al cabo de tres dias, me dijiste que aquel pobre niño habia muerto presa de una horrible convulsion.

SAN. A dónde vas á parar?

MAG. Al decirme esto, temblabas... y temblabas porque mentias!..

AGUE. (apareciendo por el fondo.) Vecino, abajo hay una señora que desea hablaros.

SAN. Voy...

MAG. (deteniéndole á Santiago.) Decid que baja al instante. (vase Agueda.)

SAN. Pero...

MAG. Oyeme hasta el fin. Si, tu mentias, Santiago; en aquel momento una idea horrible cruzó por mi imaginacion; llegué á creer que para asegurar la recompensa que se nos habia prometido, habias asesinado al niño.

SAN. Yo?

MAG. Asi lo creí, y ahora te pido perdon.

SAN. Y por qué?

MAG. Porque acabo de saber que el niño existe.

SAN. (con temor.) Vive!..

MAG. Si; la misericordia de Dios es infinita, y ha permitido que ese niño fuese recogido por mi... Ese niño es Mauricio.

SAN. Mauricio!

MAG. Estoy segura de ello. Todavía lleva consigo el medallon que encierra el retrato de su madre; aquel medallon que no ha abandonado jamás, que no le han quitado, sin duda porque esperaban saber un dia quiénes eran sus padres, y obtener una recompensa devolviéndole á su familia.

SAN. Será verdad!

MAG. Mi corazón me dice que no me engaño, y sin embargo, hay en esto alguna cosa que me confunde y me hace vacilar... El niño que yo me encargué de criar, y que habia prometido volver mas tarde á su madre... el hijo de Clemencia de Senneville comenzaba á hablar cuando le perdimos, y Mauricio está privado del uso de la palabra. Pero el doctor Benois me dijo ayer justamente, que conservando perfectamente el oido, es una prueba de que no es mudo de nacimiento. Tal vez alguna viva emocion ó un fuerte espasmo producido por el frio...

SAN. Si, tienen razon... el frio.

MAG. Qué? Recuerdas alguna circunstancia?

SAN. Me has exigido la verdad, y voy á decírtela toda entera. Aunque el crimen de que me acusas no llegó á consumarse, no por eso tengo menos culpa, pues yo le tenia resuelto. Aquella misma noche, aprovechando tu ausencia, llevé al niño hasta el puente del Hotel Dieu. Yo iba á precipitarle en el Sena, pero él se me escapó de entre los brazos, y cayó desde el parapeto al puente, exhalando un grito tal de espanto, que me pareció oír el ruido de alguna cosa que se rompía contra el pavimento. Allí quedó privado de sentido. A este tiempo oí ruido de pasos, y asustado emprendí la fuga. Despues, suponiendo que el niño no habria podido sobrevivir á su caída, envié á la marquesa el acta de defuncion, y al decirte que no existia, creí decirte la verdad.

MAG. Ahora ya no dudo.

SAN. Pero tú callarás, Magdalena; es preciso... callarás nuestro secreto.

:

MAG. A todo el mundo; escepto á su madre. A la pobre madre que llora hace catorce años al hijo de su amor.

SAN. Prudencia, Magdalena! Aguarda siquiera á que habremos otra vez; piensa que la señora está casada, y que la menor indiscrecion puede perderla.

MAG. Tienes razon; aguardaré. Querido Mauricio, nunca me figuraba que podría quererte mas de lo que te queria. Voy á verle; voy á abrazarle! (*vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

SANTIAGO, y luego la MARQUESA.

SAN. (*cerca de la mesa de la derecha.*) Dice bien Magdalena; madama Grandpré hará la fortuna de la persona que le devuelva su hijo. Lo he decidido; hoy mismo se lo revelaré todo. (*la marquesa, que ha escuchado las últimas palabras, entra por la derecha.*)

MAR. Y dentro de un mes estarás remando en las galeras.

SAN. La Marquesa!..

MAR. Me has engañado, Santiago; la partida de defuncion que me enviaste, era falsa, y los falsificadores son condenados al remo.

SAN. Puesto que estabais ahí, habreis oido lo que acabo de decir á Magdalena. Yo creia muerto el niño cuando hice estender el acta; entonces no pensaba en engañaros.

MAR. Ya me conoces, Santiago. Yo no perdono jamás. Esa acta será enviada mañana mismo al Gran Bailio.

SAN. Mirad que perdeis á vuestra hermana.

MAR. Y ella no se perderá mas á sí misma, si llega á figurarse, aunque remotamente, que su hijo existe?

SAN. Y si lo ignorase toda la vida?

MAR. La esperanza de una gran recompensa, te hará hablar.

SAN. No. Yo os prometo alejar de aquí á ese niño. Os juro que jamás sabrá quién es su madre.

MAR. Y quién me garantiza que cuando yo haya abandonado este pais, no me hareis traicion? Necesito una seguridad.

SAN. La tendreis.

MAR. Desaparecerá el niño?

SAN. Para siempre.

MAR. Desde mañana?

SAN. Desde mañana.

MAR. Y yo sola sabré su paradero?

SAN. Le sabreis.

MAR. Convenidos. (*Agueda y Delatour aparecen por el fondo.*)

AGUE. Ese es el señor Santiago por quien preguntais.

DEL. (*á Agueda.*) Gracias, hija mia.

ESCENA VI.

LA MARQUESA, SANTIAGO y DELATOUR.

DEL. (*á la marquesa.*) No debeis estrañar, señora, verme en este sitio. Ya veis, á mi no me sorprende encontraros en él. Ayer os dije que queria ver á este hombre y he cumplido mi palabra. Santiago, me conoceis? Yo me llamo Armando Delatour, y vengo á reclamaros mi hijo.

SAN. Delatour!..

MAR. Pero caballero, ya debeis saber...

DEL. Sé muy bien de todo lo que sois capaz, pero muchas veces el crimen que la cabeza ha concebido, se niega el brazo á ejecutarlo. Escuchadme, Santiago; al volver á Francia, traigo conmigo una fortuna con-

siderable; trescientas mil libras. La mitad de esta fortuna era para mi hijo; la otra mitad para el que me le hubiese devuelto!

SAN. (Ciento cincuenta mil libras!..)

DEL. La marquesa ha dicho á su hermana: «tu hijo ha muerto!» Dime que la marquesa ha mentido... Dime que has escondido á ese niño... Dime que le has perdido... pero que existe. Dímelo, y no temas nada de la cólera de esa muger; yo te defenderé contra ella. No volverás á conocer la miseria; yo te haré rico.

SAN. Rico!

MAR. (*enseñándole un papel.*) Créo, caballero, que no pondreis duda en lo que he dicho, despues que hayais leido esa partida auténtica que me enrió Santiago hace catorce años, y cuya validez me estaba asegurando en este momento.

SAN. (Las galeras, las galeras!)

DEL. (*despues de haber leido.*) Segun eso, le habeis hecho asesinar?

MAR. Estais loco sin duda! Si no quereis deshonorar del todo nuestro nombre, callad. Magdalena se dirige aqui con Clemencia y su esposo.

ESCENA VII.

Dichos, MAGDALENA, CLEMENCIA GRANDPRE y AGUEDA, foro derecha.

CLE. Con que no me habian engañado, Magdalena? Ese jóven cuyo valor admiró ayer á toda la ciudad, es vuestro protegido, vuestro hijo adoptivo?

MAG. Si señora.

CLE. (Mi hermana y Armando en este sitio!)

GRAND. Segun acaban de decirme, parece que el invierno pasado le hallasteis espirando de frio.

MAG. Asi es.

GRAND. Semejante accion os honra, Magdalena.

MAG. Y estoy recompensada con usura, porque solo por mi... por aliviar mi miseria, no ha vacilado ese niño en esponer su vida.

CLE. Yo quiero encargarme de su suerte.

MAG. (Ella!)

CLE. Dais vuestro permiso para que tome parte en la buena accion de Magdalena?

GRAND. Con mucho gusto. Dónde está ese jóven?

MAG. En mi habitacion.

GRAND. Llamadle.

MAG. Al momento.

SAN. (Cuidado, Magdalena!)

MAG. (Dios mio! Es verdad... Ese medallon... ese retrato... si Mauricio llega á reconocerla...)

CLE. Qué os detiene?

MAG. Vino muy fatigado, y ahora está descansando.

AGUE. Perdonad, le oigo ir y venir por la habitacion. Voy á buscarle, pobre niño!

MAR. (*á Santiago.*) Hablará Magdalena?

SAN. No tengais cuidado, me ha prometido guardar silencio.

GRAND. (*á la Marquesa y á Delatour.*) La narracion que nos hizo ayer Clemencia de la conducta de ese jóven, os habrá inspirado como á mi el deseo de conocerle.

MAR. En efecto.

GRAND. Me volvia al parlamento, pero dejé mi camino para acompañar á Clemencia hasta aqui; y me alegro, pues he tenido el placer de veros otra vez antes de mi partida. Qué teneis, marquesa? Os sentis indispueta? (*á Magdalena.*) Teneis algo de refrescar?

MAG. Solo tenemos vino del pais y naranjada.

MAR. Dadme pues un vaso; este calor me sofoca. (No

pierdas de vista á Magdalena, yo no aparto la mia de ti.) (á Santiago; Clemencia y Delatour se aproximan á la marquesa.)

SAN. (con viveza.) Magdalena, yo voy á servir á estos señores; tal como la veis, esta mañana mismo no podía la infeliz dar un paso. Siéntate aquí. (Ni una sola palabra acerca del niño, ó estamos perdidos para siempre. (Me hubiera valido ciento cincuenta mil libras!.. Es preciso que muera esta muger!)) (se acerca á donde está la mesa y saca el pomito del opio.)

MAR. No es nada, hermana mia. (á Delatour.) Gracias, caballero.

AGUE. (entrando por la izquierda con Mauricio.) Aquí está Mauricio. (Agueda y Santiago se marchan, foro izquierda.)

ESCENA VIII.

Dichos y MAURICIO, que queda sorprendido al ver tanta gente.

GRAND. Acércate, hijo mio, no temas.

CLE. Si, acércate. (Mauricio se aproxima con timidez.)

GRAND. Qué fisonomía tan dulce!

DEL. (Esa sería la edad de mi hijo.) (mirando á Mauricio.)

GRAND. (á Mauricio.) Lo que habeis hecho ayer, solo es propio de un noble y honrado corazón; habeis querido pagar á precio de vuestra vida la deuda que teniais con vuestra bienhechora? Bien, hijo mio, merecis que todo el mundo se interese por vuestra suerte, y lo que no pueda hacer por vos la pobre Magdalena, lo hará otra persona.

MAU. Otra!..

GRAND. Si; la providencia os envia otra protectora que no podrá tal vez quererlos mas, pero que os será mas útil.

MAU. Yo no me separo de Magdalena. (abrazándola.)

GRAND. Antes de rehusar el apoyo de esa nueva madre, no quereis conocerla? Miradla.

CLE. No quiero separaros de Magdalena, pero sí aseguráros con ella vuestra suerte. (Mauricio levanta sus ojos hacia Clemencia, creyendo reconocerla; despues hace un movimiento.)

CLE. Qué tiene!

GRAND. Parece que os conoce!

MAU. Si, es ella! Es ella! (dirigiendo la mano al pecho.)

GRAND. La habeis visto alguna vez?

MAG. Ayer en Tolon, sin duda. (colocándose delante de Mauricio.)

MAU. Oh! no, no. (va á sacar el medallon, pero Magdalena le ase vivamente del brazo.)

ESCENA IX.

Dichos, AGUEDA y SANTIAGO con una bandeja de vasos.

MAG. Aquí está Santiago.

AGUE. No ha querido que le ayude á hacer la naranjada; como si los hombres entendieran de estas cosas!

SAN. Bien, servid á esos caballeros; yo me encargaré de las señoras. A vos primero, señora marquesa.

MAR. (Piensa en el castigo que aguarda á los falsificadores.) (tomando el vaso.)

SAN. (Mañana, señora, no me amenazareis, porque ya no tendreis nada que temer de ese niño.)

GRAND. Delatour, acompaña á estas señoras al castillo; yo voy á continuar mi camino.

CLE. Con qué Mauricio, aceptais la proteccion que os he ofrecido?

MAU. La vuestra? Si, si.

DEL. Qué mirada tan dulce!

CLE. Mañana vendreis al castillo con Magdalena; desde hoy seremos dos á quererlos. (presenta su mano á Mauricio que se arrodilla y la besa.)

MAR. (Hasta mañana, Santiago.)

SAN. (Si, hasta mañana.) (vanse todos; Magdalena no se separa de Mauricio, el cual sigue con la vista á Clemencia.)

SAN. (Otro crimen aun! Pero á lo menos estoy seguro de no ser condenado á galeras.) (Santiago, que ha quedado solo, saca de su bolsillo el pomo, y vierte el licor que contiene.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una estremidad del parque. A la derecha la entrada del pabellon, al cual se sube por una gradería de tres escalones; á la izquierda un banco y sillas rústicas debajo de un cenador.

ESCENA PRIMERA.

BAUTISTA, y á poco ROSINA.

BAU. Canario! Aun no han concluido de traer trastos! Pues no embaraza poco el alojamiento de la señora marquesa! Su habitacion la venia chica, sin duda. Necesita un cuerpo de casa para ella sola! Estas señoras de título, como tienen nombres tan grandes, han menester mas espacio que las demás.

ROS. (saliendo por la izquierda con un cofrecito.) Ola, Bautista, en dónde habeis estado?

BAU. Ya lo veis; hemos acabado gracias á Dios. La señora deseaba que se instalara su hermana en ese pabellon, y he estado ayudando á Pedro y á José á arreglar todos los cachivaches de la marquesa.

ROS. Escepto este cofrecillo, que nos habia encargado tantas veces se colocara en su alcoba, y ya le habiais echado en olvido; por fortuna á mi no se me escapa nada, y... A propósito de escapar; habeis visto á mi marido?

BAU. Calle! Ahora sois vos la que le busca?

ROS. Estoy inquieta, y á fé que no me falta razon; cuando empieza á cometer necedades, no se contenta con una sola.

BAU. No tengais cuidado; ha ido á casa de Santiago, en busca de ese chicuelo mudo; de modo que cuando nuestro señor regrese del parlamento, le encontrará acomodado aqui. (vase por la izquierda.)

ROS. Mauricio en el castillo!.. Un moscon mas para el pobre César! Afortunadamente, el señor Pablo Dubois me ha prometido no volver mas; oh! y cumplirá su promesa, estoy segura de ello. Es una desgracia! (súspirando.)

ESCENA II.

ROSINA, y á poco PABLO DUBOIS que entra por el foro izquierda, y al escuchar las últimas palabras de Rosina, se acerca de puntillas y la dá un abrazo.

ROS. (gritando, pero sin volverse.) Todavía aquí!

DUB. Me habeis reconocido?

ROS. Toma! A no ser vos, ninguno se anunciaria de esa manera. A buen seguro que yo consintiese...

DUB. Es decir que yo tengo el privilegio?

ROS. No, perdonad; vos os le tomais. Señor Pablo, es preciso que esto concluya; yo me he casado para no

querer mas que á mi marido. Es cierto que él no hace mucho para merecer mi cariño; pero no importa; yo pondré cuanto esté de mi parte para conseguirlo, y más tarde ó mas temprano acabará por adorarme.

DUB. Sois una mujer admirable!

ROS. Ya! Pero no por eso he de dejar...

DUB. Hacedme la justicia de creer que no era solo por vos por quien venia al castillo.

ROS. De veras? Pues entonces, ese abrazó...

DUB. Le he tomado por casualidad, sin intencion; por lo tanto, si estais ofendida, os le devolveré.

ROS. Es inútil; una vez que ha sido sin intencion, dejadlo así como está.

DUB. Además, voy á partir.

ROS. Os ausentais!

DUB. Lo espero al menos, y esta noche, tal vez, vendré á daros el abrazo de despedida.

ROS. (*suspirando.*) Me alegro: (por mi marido!)

DUB. Con que convenidos; esto, sin embargo, no será obstáculo para que nos apreciemos como buenos amigos. (*le dá la mano.*)

ROS. No en verdad. (*dándole la suya, que besa Dubois; Beaumignon aparece en el fondo seguido de Santiago.*)

BEAU. Voto vá!

ROS. Mi marido!.. (*se va por el pabellon.*)

ESCENA III.

DUBOIS, BEAUMIGNON y SANTIAGO.

BEAU. Qué infamia! En mi presencia!

DUB. Tendreis la bondad de anunciarme al señor de Delatour?

BEAU. Me gusta! Os figurais que soy criado vuestro?

DUB. Teneis razon; voy á anunciarme yo mismo. (*se vá por la derecha.*)

SAN. Eh! Quereis decir á la señora de Grandpré que estoy aquí, ó no?

BEAU. Por dónde se ha ido?

SAN. Por allí.

BEAU. Por allí? (Si tendrá otra puerta el pabellon, y querrá nuevamente ir en busca de Rosina? Por si acaso, yo estaré allí. Mirad; sería capaz de hacer una barbaridad, sino fuera por el miedo que tengo de morir en el aire. (*se vá por el mismo sitio que Dubois.*))

ESCENA IV.

SANTIAGO, solo.

SAN. Calla! Y se vá! Tanto mejor; así como así no me corre mucha priesa ver á Mma. de Grandpré. Ha enviado en busca del chico, y es preciso darle alguna excusa para justificar la permanencia de Mauricio allá abajo. El medio mejor de ver venir la catástrofe, sin despertar sospechas, es la audacia y la serenidad, y por eso he venido. (*Clemencia y la marquesa salen del pabellon; Santiago se retira al fondo.*)

ESCENA V.

SANTIAGO, CLEMENCIA y la MARQUESA; en cuyo rostro hay señales del envenenamiento.

CLE. Ya te lo decia, y... (*viendo á Santiago.*) Sois vos, Santiago?

MAR. (Santiago aquí!)

CLE. Habeis visto á César? Le he enviado á vuestra casa.

SAN. Si señora.

CLE. Viene con vos ese pobre niño?

MAR. (Qué ha hecho este hombre!)

CLE. En dónde está?

SAN. En casa, señora. He venido solo.

MAR. (*á Santiago.*) Bien.

CLE. Solo, y por qué?

SAN. Un momento despues de vuestra partida, se sintió Mauricio acometido de un ataque repentino, y está tan delicado, que hubiera sido peligroso traerle aquí!

MAR. Qué decis?

SAN. Si, señora marquesa; muy peligroso. (*con intencion.*)

MAR. (Infame! No deseaba yo tanto!)

CLE. Pobre niño! Todas las personas que me aman, son muy desgraciadas.

SAN. Alguien se acerca; es el señor de Grandpré que viene acompañado de otros dos caballeros; con vuestro permiso, me vuelvo á casa.

MAR. (Quédate, quiero hablarte.)

SAN. (*bajo.*) Eso es distinto; espero vuestras órdenes. (*mirando fijamente á la marquesa.*) (Ningun indicio, ningun síntoma! Habrá temblado mi mano!.. (*vase por la izquierda.*))

ESCENA VI.

Dichas, GRANDPRE, DELATOUR y DUBOIS por la izquierda; á poco BEAUMIGNON.

CLE. (*dirigiéndose á su marido.*) Amigo mio!

GRAND. (*abrazándola.*) Querida Clemencia! Os doy gracias, señores, por haberos anticipado á mi venida. (*á Delatour y Dubois.*)

DEL. No tienes mucho que agradecernos; veniamos á pedirte un favor.

GRAND. Puedo seros útil en algo?

DUB. Solamente á mi.

DEL. Mejor dicho, á los dos, porque será obligarme... Dispensar este obsequio al señor Pablo Dubois, mi compañero de viage...

GRAND. Hablad.

DUB. El navio Lucero se dá á la vela mañana para emprender un viage al rededor del mundo; uno de los físicos de la expedicion, renuncia su destino. Deseo ocupar su puesto, y cuento conseguirlo, si os dignais recomendarme al comisario general de marina.

GRAND. Se hará como deseais. Concededme algunos instantes, porque ahora estoy bajo el peso de una agitación febril, que quisiera y no puedo dominar. (*se sienta en un banco.*)

CLE. En efecto, estás conmovido! Necesitas descansar! César, (*á Beaumignon que aparece.*) abrid la habitación de vuestro amo.

GRAND. Es inútil; prefiero estar aquí.

DEL. Si molestamos...

GRAND. No, quedaos todos. Perdonad mi debilidad. Siento una conmocion, que ni la lentitud del viage, ni la distraccion del campo han podido calmar.

DEL. Es ocasionada tal vez por esa causa criminal, para cuya vista has sido llamado al parlamento?

GRAND. Precisamente; y quiero hacérosla conocer con todas las circunstancias que me han hecho mas impresion. (*Beaumignon ofrece sillas á la Marquesa, á Dubois y Delatour que queda á la izquierda de Grandpré; Clemencia permanece de pie en la derecha, apoyada en el banco.*)

MAR. (No sé que siento; tengo un desasosiego...)

BEAU. (Se trata de un marido celoso que ha asesinado á su muger? Oigamos con atencion!.. Esto puede servirme!)

GRAND. Cuando un magistrado ha pronunciado el fallo

sobre la suerte de un hombre, no ha concluido su mision. Al bajar del tribunal, se encuentra frente á frente con la opinion pública, y debe decirle sin recelo, sin temor: yo he juzgado; ahora juzgadme á mi.»

DEL. Tu integridad y tu rigidez de principios son conocidas de todos; jamás condenarás á un inocente, ni absolverás á un culpable.

GRAND. Lo crees así?

DEL. y CLE. Cómo! Acaso!..

GRAND. Escuchad. Un hombre noble, rico, y gozando justamente del aprecio universal, se habia casado con una jóven á quien adoraba. Habia puesto en ella su felicidad, su confianza, su honor... y este hombre fué engañado; aquella muger culpable tenia un amante. De este lazo criminal, que segun voz pública, era anterior al matrimonio, habia nacido un hijo.

MAR. (á Clemencia involuntariamente.) Un hijo!

GRAND. Si, un hijo. Y á favor de un infame ardid, por medio de un tegido de mentiras, la esposa culpable habia introducido á aquel niño bajo el techo conyugal.

CLE. (Perdonadme, Dios mio, yo iba á hacer lo mismo que esa muger!)

GRAND. El esposo ofendido descubrió todo, y queria lavar aquella afrenta con la sangre de su rival. Este rival le era desconocido; pidió á la esposa criminal el nombre de su cómplice... ella se negó á dárselo, y no queriendo que semejante crimen quedara impune, la hirió mortalmente, y en seguida fue á ponerse en manos de la justicia. El defensor de la ley pretendia, para hacer recaer sobre el matador toda la odiosidad del crimen, que este marido, á quien se puede llamar vengador de su dignidad ultrajada, habia tenido conocimiento de este misterio escandaloso antes de su union con aquella muger; pero tal suposicion es absurda. El acusador miente; el hombre que lleva consigo un apellido sin mancha, no puede aceptar de antemano semejante deshonra.

CLE. (conmovida.) (Qué dice?)

DEL. (mirando á Clemencia y á Grandpré.) (Será una prueba!.. Será una venganza!)

GRAND. El matador se acusaba á si mismo; no trataba de defender su vida... Mi conciencia ha debido absolverle, y le he absuelto.

BEAU. Bravo! Bravo!

GRAND. César! (con severidad.)

DUB. Es la opinion pública que habla.

DEL. Ese hombre es un asesino. (levantándose.)

GRAND. Ese hombre no ha hecho mas que quitar la vida á la muger que le habia robado su honor. (levantándose tambien.) No hay piedad para una esposa culpable; Dios juzgará al hombre; pero yo que en igual circunstancia hubiese imitado su ejemplo, le he absuelto con toda la sinceridad de mi corazon. (á Clemencia que le mira con espanto.) Qué tienes, Clemencia? Me condenarás acaso?

CLE. No; la primera culpable ha sido ya castigada; basta con una víctima.

BEAU. (Con que se puede matar á una muger sin temor de que le aborquen á uno? Lo tendré presente)

GRAND. (á Dubois.) Si gustais pasar á mi habitacion, voy á escribir la carta que me habeis pedido. ¿Vienes con nosotros, Delatour? (vase y Dubois.)

DEL. Si. (Pobre Clemencia! Cuánto ha sufrido!) (vase.)

ESCENA VII.

CLEMENCIA y la MARQUESA.

CLE. (cayendo sobre un banco.) Debe morir la esposa

culpable!.. Pues entonces, por qué me ha perdonado él? Dice que se deshonra el hombre que dá su apellido á la muger á quien una desgracia ha hecho madre! Y entonces, por qué me ha dado el suyo?

MAR. (á media voz.) Porque lo ignora todo, Clemencia.

CLE. Que lo ignora todo, dices! Eso es imposible! La carta que le escribí...

MAR. Tu carta era un obstáculo á la realizacion de mis planes, y no se la entregué.

CLE. Que no se la entregaste! Pues no te vi yo misma dar á Mr. de Grandpré...

MAR. Una esquela sin importancia. Los dos fuisteis engañados.

CLE. He sido infame por tu causa! (levantándose.)

MAR. Yo queria separarte para siempre de Delatour; de Delatour á quien aborrecia con toda mi alma.

CLE. A él! Pero si apenas le conocias! En qué ha podido ofenderte?

MAR. Voy á decírtelo, porque quiero que comprendas bien la causa del odio que ábriga mi corazon. Oyeme; esposa á los veinte años del marqués de Fermont, hombre anciano y de una severidad probervial, vivia dichosa, y cercada por todas partes de homenajes y de honores, cuando un jóven protegido de mi esposo fué presentado á nuestro padre para darte algunas lecciones de pintura.

CLE. Hablas de Delatour? Te ha dicho que te amaba?

MAR. Me lo escribió cien veces. Al principio en una carta tan tibia y respetuosa, que en justicia no podia manifestarme ofendida; despues, alentado poco á poco con mi indulgencia, sus cartas fueron mas apasionadas. Finalmente, su amor rayó en los límites del delirio... de la desesperacion... Yo entonces, asustada, vencida, olvidé mi reserva, y me decidí á contestarle. Yo tambien le amaba.

CLE. Tú!..

MAR. Si; le amaba... y cómo no interesar una pasion tan profunda y discreta? Como si siempre estuviera temiendo la presencia de un testigo peligroso, nunca me dirigió Delatour ni una palabra, sola una mirada, que pudiera descubrir el secreto de su alma... pero en recompensa, ¡cuán bien me espresaron sus cartas la causa de aquel silencio, y cómo se lo agradecia en las mias!

CLE. Es posible! (Nos habrá engañado á las dos? No lo creo.) (hace señas á la marquesa para que continúe.)

MAR. Hacia ya algunos meses, que gracias al celo de Margarita mi doncella, mantenia yo aquella correspondencia misteriosa, cuando un dia, dia de duelo, de sangre y de lágrimas! supe que uno de mis parientes, el señor de Nangis, oficial de mosqueteros, cuyos apasionados servicios habia rehusado algunos meses antes, acababa de ser herido mortalmente por Delatour en un duelo, y que deseaba hablarme antes de morir. El lazo que nos unia justificaba mi visita. Fui, pues, á su casa; estaba próximo á espirar! Me acerqué para darle el último adios! Pero, cuáles no fueron mi espanto y mi indignacion, cuando con voz apagada me dijo: «muero por causa vuestra. Si no queréis veros perdida para siempre, exigid de Armando Delatour que os devuelva vuestras cartas.» Mis cartas! Cómo podia conocer mi secreto, si Delatour no se hubiera alabado delante de él de mi debilidad y de su triunfo? Es decir, que de estos dos hombres, que se habian batido por causa mia, el uno á quien yo habia despreciado, me pagaba sacrificándome su vida, en tanto que el otro jugaba con mi honor! Trémula,

desesperada, iba á confiártelo todo, cuando al tener la noticia del desafío, te vi palidecer y temblar. «Delatour está herido! Muerto tal vez!» gritaste, y los sollozos embargaron tu voz. «Qué te ha hecho ese hombre? te pregunté. Qué te importa su vida ó su muerte?» «Su vida es mi vida,» contestaste, y cayendo de hinojos á mis plantas, me confesaste tu amor y tu vergüenza. Aquel hombre que había jugado con tu honra, con la honra de mi hermana, era el hombre á quien prefería mi corazón.

CLE. Qué dices! Yo no puedo... no quiero creerlo; eso no es verdad.

MAR. Estaba segura de ello, y mi venganza no se hizo esperar. Revelé tu falta á nuestro padre; obtuve el destierro del infame; te separé de tu hijo, y decidí casarte. Ahora que sabes de lo que es capaz mi corazón, no me preguntes, Clemencia, lo que podré hacer en adelante. Tengo que vengar la sangre del señor de Nangis.

DEL. (que ha aparecido un momento antes en el foro.) El señor de Nangis era un villano!

ESCENA VIII.

Dichas, y DELATOUR.

CLE. Ah! venid! venid! Podeis defenderos, no es cierto?..

DEL. Si, Clemencia, puedo confundir á la impostura; (á la marquesa.) ni yo os he escrito jamás, señora, ni vos me habeis contestado.

CLE. Lo que él dice es verdad, estoy segura de ello.

MAR. Insensata! Para que el señor de Nangis no viniese á desmentirle, tuvo buen cuidado de matarle.

DEL. Dios es justo! Nangis murió, pero su cómplice, vuestra doncella, no hace dos horas que me lo ha revelado todo. Tratando de saber por ella el paradero de mi hijo, me lo confesó, diciendo que su conciencia no le permitía ocultar la verdad por mas tiempo. Me ha conmovido su arrepentimiento, y la he dado permiso para abandonar este castillo. Leed, señora, lo que os escribe antes de partir.

MAR. A mi! (vacilando en abrir la carta.) (Dios mio! no sé que siento! Tantas emociones!.. Un dolor sordo parece que corroe mis entrañas, y como un espeso velo oscurece mi vista!)

DEL. (dándole la carta.) Leed, Clemencia, leed.

MAR. (apoyándose en una silla.) Si, lee, lee; sufro mucho, pero puedo escucharte.

CLE. (leyendo.) «He sido muy culpable, señora, y abandono para siempre vuestra casa, porque una vez conocida la verdad, no podría presentarme delante de vos. Hela aquí toda entera, tal como lo exige Mr. Delatour: El señor de Nangis se lisongeaba con la idea de obtener vuestro amor; me colocó en vuestra casa para espiar vuestras acciones, y sorprender vuestros sentimientos. Adiviné que Mr. Delatour no os era indiferente, é informé de todo á la persona que me pagaba para espiaros. Os escribió en secreto, y me ordenó al mismo tiempo deciros que aquellas cartas eran de Mr. Delatour, de modo que cuando creiais contestar á uno, el otro recibia vuestra respuesta.»

MAR. Basta, Clemencia, basta!

DEL. Ahora me resta añadir, que si me bati con aquel hombre, fué porque para vengar un amor desdeñado, se alabó delante de mi de que una muger imprudente le habia concedido una entrevista á solas. El esposo de esta muger era mi protector. Me creí obligado á defender la honra de la señora de Fermont, y Mr. de

Nangis provocado por mi, cayó herido mortalmente. Al borde del sepulcro no se miente jamás. Me lo confesó todo, ocultándome su cómplice, y me entregó vuestras cartas tan bajamente adquiridas, pero reconocidas por mi con la espada en la mano. Si habeis ignorado este suceso hasta ahora, es porque no me fué permitido ni veros ni escribiros. Preso en mi casa aquella misma noche, fui conducido á un destierro. Ahora que lo sabeis todo, decidme, señora, quién fué el villano, Mr. de Nangis ó yo?

MAR. (cayendo de rodillas.) Clemencia! Delatour, perdónadme!

CLE. Qué haces, hermana mia? (viendo á Rosina que entra.)

ESCENA IX.

Dichos, y ROSINA, que viene corriendo por el foro.

ROS. Todavía estais aquí, señora? Os buscaba.

CLE. A mi?

ROS. Una sorpresa, señora... una sorpresa... Aguardad, voy á traerlos...

CLE. Qué?

ROS. La sorpresa. (vase por el fondo.)

CLE. No comprendo... (se dirige hácia el foro.)

DEL. (bajo á la marquesa.) Ahora decidme la verdad; qué habeis hecho de mi hijo?

MAR. (vacilante.) Vuestro hijo! Ah! Qué recuerdo!..

DEL. Otro crimen tal vez... (bajo.)

MAR. (se levanta con resolucion.) Es preciso salvarle á toda costa!

DEL. Salvarle! Luego existe!

MAR. (dirigiéndose al fondo.) Venid, venid. Ah! Mauricio! (viéndole acompañado de Rosina.)

ROS. Eh aquí la sorpresa.

MAR. (á Delatour.) Vedle.

DEL. El!

MAR. Es vuestro hijo.

DEL. Mauricio!.. (dirigiéndose á él.)

MAR. (Silencio delante de su madre; la alegría podria descubrir la.)

CLE. (á Mauricio.) Tú aquí? Pero esta mañana no estabas en peligro tu vida?

MAU. No es verdad; me han tenido encerrado bajo de llave; la puerta resistia á mis esfuerzos, y he saltado por la ventana. Una vez libre, he corrido á donde me llamaba mi corazón.

ROS. Dice que Santiago ha mentado; que no ha estado enfermo, sino encerrado bajo de llave.

MAU. Eso es.

CLE. Y tú te afligias? Querias verme?

MAU. Justamente.

ROS. Y procurando en vano abrir la puerta, saltó por la ventana.

MAU. Sin hacerme mal alguno.

CLE. Y entonces has corrido á buscarme? Siéntate, hijo mio, siéntate. (alegre Mauricio al verse comprendido por Clemencia, la besa la mano con cariño.)

ROS. Dejadle hacer, señora. Veis qué hermoso! (Delatour fija los ojos en Mauricio, no repara en la violencia de los sufrimientos de la marquesa; las fuerzas la abandonan, y cae sobre el banco diciendo.)

MAR. (No puedo mas, Dios mio! Estoy sufriendo horriblemente; primero la muerte que semejante suplicio.)

CLE. Qué tienes, hermana mia?

MAR. (lanzando un grito.) Oh! Ahora lo comprendo todo! Este fuego que me abrasa, que me consume, es un veneno!

Todos. Gran Dios!
CLE. Socorro, socorro.
MAU. *Aguardad, voy á buscarle. (vase con Rosina.)*
MAR. Conozco la mano que me ha herido; es la de Santiago.
DEL. Santiago!
MAR. Solo un crimen podia salvarle; por eso me asesina.
DEL. Aun está en el castillo; y el miserable no saldrá sino para dar cuenta de su crimen. No la abandoneis. *(vase, foro derecha.)*
CLE. Dios mio! Se muere! Si me oyes, hermana mia; respóndeme. *(se acerca á la marquesa, y parece que quiere reanimarla; Rosina sale con un frasquito.)*
MAR. Si, te escucho; recobro la memoria... tal vez sea por un momento, pero este momento es precioso para ti. En dónde está Rosina?
ROS. Aquí, señora.
MAR. Corre á mi habitacion; busca un cofrecito... despacha...
ROS. El cofrecito de ébano? Ya sé. Voy á traerle. *(entra en el pabellon.)*
CLE. Qué contiene?
MAR. El último golpe que mi odio te reservaba; tu carta dirigida á Mr. de Grandpré.
CLE. *(aterrorizada.)* Mi carta!
MAR. Es preciso que desaparezca. *(la marquesa apoyada en Clemencia, se dirige, aunque con trabajo, á la puerta del pabellon. Grandpré, Dubois y Delatour, salen con Mauricio, foro.)*
MAU. *Miradla, se muere.*

GRAND. Un crimen cometido por Santiago? Pero no puede haber remedio?

MAR. Ah! es tarde! *(al ver á Grandpré lanza un grito de espanto y cae.)*

DUB. *(pulsando á la marquesa.)* Ya no existe.

ROS. *(saliendo por el pabellon con el cofrecito.)* Aquí está el cofrecito que pedia la señora de Fermont. *(Clemencia se dirige á Rosina, Grandpré se interpone y toma el cofrecito.)*

GRAND. Tal vez contenga su última voluntad, y á mí me corresponde cumplirla. Mas tarde le abriré delante de testigos.

CLE. *(Dios mio, amparadme!)*

Delatour en el fondo estrecha á Mauricio contra su corazon para alejarle de la marquesa. Clemencia cae de rodillas al lado de su hermana. Grandpré hace una señal á Rosina para que entre con el cofrecito en el pabellon; Dubois contempla á la marquesa.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Interior del pabellon que apareció en el acto anterior. A la derecha, en segundo término, algunas gradas y una escalinata con una pequeña mesa, y en ella la puerta que conduce á la cámara mortuoria. Ventana al foro, puerta de entrada á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

BEAUMIGNON y ROSINA.

ROS. *(dirigiéndose á su marido.)* Gracias á Dios que se os vé despues de tanto tiempo! En dónde habeis estado? De dónde venis?

BEAU. Vengo de Tolon; á donde fui á noticiar la muerte de la señora marquesa; despues he tenido la bondad de ocuparme de vos.

ROS. *(con inquietud.)* De mi...

BEAU. Si, de vos.

ROS. *(Qué aire tan inquieto!)* Dejarme sola tanto tiempo; vos que sois el mayor celoso del mundo!

BEAU. Desde hoy no lo seré... *(mas que antes.)* Además he concebido un proyecto.

ROS. Contra mí?

BEAU. Desde hoy podeis obrar como os parezca. Sed amable, habladora, coqueta, no me importa... gracias á cierta cosa que traigo de Tolon; no podreis serlo mucho tiempo.

ROS. *(Qué querrá decir!)*

BEAU. Por ahora me contento con que leas este papel, y te suplico que sea con detencion.

ROS. Gracias. *(viéndolo.)* Ah! es el fallo de absolucion pronunciado en la causa de ese infame que ha asesinado á su muger?

BEAU. Justamente.

ROS. Tiene un retrato.

BEAU. El suyo.

ROS. Voy á mandarle poner un marco para adornar tu habitacion.

BEAU. Si, si, di lo que quieras, pero semejante fallo hace grande honor á Mr. de Grandpré.

ROS. Honor? Pregunta lo que se dice en todos los alrededores del castillo. Es preciso que el señor estuviese mal informado, porque desde ayer tiene una cara!... Apostaria cualquier cosa á que está arrepentido de lo que ha hecho, y asi tened cuidado, caballero, y vereis que, ó me equivoco mucho, ó al primer marido brutal que caiga por su banda, le vá á hacer descuartizar, por lo menos, en castigo de no haber ahorcado al otro. Esto es, señor mio, lo que se ganará en adelante con matar á las mugeres. *(vase por la derecha y tropieza con Bautista que entra.)*

ESCENA II.

BAUTISTA y BEAUMIGNON.

BAU. Lo que es el mundo! *(Bautista se acerca á Beaumignon mirando hácia la cámara mortuoria.)* Quién habia de decir á esa pobre marquesa, tan bella y tan rozagante hace algunos dias, que ahora habia de verse de este modo? Habrá cambiado mucho, no es verdad? *(á Beaumignon.)*

BEAU. No la he visto; estas cosas me ponen de mal humor. Bastante tengo ahora con volver otra vez á la ciudad á llevar las esquelas de convite para el duelo. Si á lo menos hubiera podido llevarme á mi muger! Pero no ha sido posible; la señora necesitaba de sus servicios.

BAU. Yo voy en busca de la mia para decirle una cosa que no la ha de gustar mucho.

BEAU. Y qué es?

BAU. Como no han venido aun las hermanas del convento de Santa Honorina, mi querida consorte tendrá que velar á la marquesa. Bonita noche la espera!

BEAU. Qué idea! Durante mi ausencia, mi muger podria ocuparse en esto; qué os parece?

BAU. Que teneis razon; es una verdadera idea de un celoso.

BEAU. Esa cámara tiene otra salida; voy á cerrarla antes de partir. Rosina pasará la noche llena de miedo, yo estaré tranquilo. Vamos. *(vase con Bautista.)*

ESCENA III.

DELATOUR, y despues MAURICIO.

DEL. *(baja las gradas y se para volviendo la vista hácia la cámara mortuoria.)* Si vendrá? Desde esta mañana

se han ido sucediendo los acontecimientos con tal rapidez, que no me ha sido posible ver á Mauricio un momento á solas. Gracias, Dios mio, porque os habeis dignado conservarme á mi hijo! Hijo mio! Cómo late mi corazón! Tener un hijo y no poderle decir!... Mi deber es callar aquí, pero mañana mismo Mauricio lo sabrá todo, porque habré abandonado esta casa, llevándome conmigo mi tesoro, al hijo de mi corazón! El se acerca; al verle, olvido todas mis desgracias, todos mis sufrimientos.

MAU. *Heme aquí.*

DEL. Me comprendiste y has venido? Gracias, hijo mio! Deja que estreche tus manos entre las mías; déjame leer en tus ojos. Si supieras cuán dichoso soy en este momento! Pero por qué, á pesar de las observaciones de Mr. de Grandpré, á pesar de mis súplicas, querias permanecer en esa cámara en donde se despliega tan lúgubre aparato?

MAU. *Porque ella está allí.*

DEL. Comprendo. No quieres abandonar á Mma. de Grandpré?

MAU. *Justamente.*

DEL. La amas mucho?

MAU. *Como se ama á Dios.*

DEL. Y sin embargo, no la conoces sino de tres días á esta parte?

MAU. *Estais equivocado.*

DEL. La habias visto antes?

MAU. *Desde que ven mis ojos; desde que piensa mi cabeza; desde que late mi corazón.*

DEL. Eso no es posible. Mma. de Grandpré nos lo hubiera dicho; tú quieres engañarme, Mauricio, tú mientes!

MAU. *No he mentado jamás, y si me atreviese... veriais que he dicho la verdad.*

DEL. Puedes probar que has conocido siempre á Mma. de Grandpré?

MAU. *Si... pero...*

DEL. Por qué vacilas?

MAU. *Oh! tengo confianza en vos... pero juradme por vuestro honor, delante de Dios, que á nadie direis lo que voy á deciros.*

DEL. Que calle lo que vas á revelarme! Te lo juro, hijo mio, por mi honor y delante de Dios.

MAU. *Bien. (mira por todas partes para ver si alguien le escucha.)*

DEL. (Le habrá revelado Magdalena el secreto de su nacimiento? Entonces ese cariño tendria una explicacion... pero no... hubiera sido una imprudencia!)

MAU. *(sacando de su seno el medallon.) Ved aquí la prueba que me pediais; pero no lo digais á nadie.*

DEL. Su retrato en tus manos! Sobre tu corazón! Ahora no me cabe duda; todo te lo han revelado, y sabes que Clemencia es tu madre! *(á estas palabras Mauricio lanza un grito de alegría, cree haber oido mal, abraza á Delatour, y lleno de gozo exclama:)*

MAU. *Mi ma... (con voz natural.)*
(Quiere acabar la frase y no puede; lleva su mano á la garganta como para indicar que sufre allí un dolor violento; exhala un Ay! se desmaya, y cae en los brazos de Delatour.)

DEL. *(contemplándole con espanto.)* Ese esfuerzo supremo le ha aniquilado! Pobre niño! *(vuelve en sí.)* Pero tú, nada sabias?

MAU. *Nada. (siempre por señas.)*

(Mauricio sostenido por Delatour entreabre los ojos, se sonríe, mira á Delatour con reconocimiento, enjuga las lagrimas que corren de sus ojos, y besa con delirio el medallon.)

DEL. Infeliz de mi... Qué he hecho!

MAU. *Por qué?*

DEL. Es preciso ocultar este secreto.

MAU. *No.*

DEL. Guárdalo, hijo mio, dentro de tu corazón; es absolutamente preciso, porque tu nacimiento podria deshonorar á tu madre, y tú no quieres perderla. No es cierto? *(Mauricio oculta el rostro entre sus manos con desesperacion.)* Tiene un esposo que la mataria si llegara á sospechar que existe semejante prueba de su deshonra. *(movimiento de espanto en Mauricio.)* Ahora que lo sabes todo, no es verdad, hijo mio, que si tu madre estuviese delante de ti, sabrias dominar tu emocion, ocultar tus lágrimas? No es verdad que jamás presentarás ese medallon delante de su vista, porque de otra manera te reconoceria, y se perderia asimismo, al estrecharte en sus brazos?

(En tanto que ha hablado Delatour, Mauricio vueltos los ojos hácia la escalinata, ha tomado una actitud de calma y tranquilidad; oculta con viveza el medallon en el seno, y abrocha su vestido; en este momento aparece Clemencia por la puerta de la cámara, seguida de Dubois.)

Qué haces?

MAU. *Obedeceros. Vedla ahí! (señalando á Clemencia que queda parada sobre la meseta de la escalinata.)*

DEL. (Es ella! Qué hermoso corazón!)

ESCENA IV.

Dichos, CLEMENCIA y DUBOIS.

DUB. *(ayudando á bajar á Clemencia.)* Con permiso vuestro, señora; no puedo dejar de insistir. Mr. de Grandpré, segun habeis oido, desea que os retireis á otra habitacion; creedme, no podeis, no debeis volver á este pabellon.

CLE. Sin embargo, caballero, mi puesto es allí.

DUB. Vuestra salud se halla muy quebrantada, y exige los mayores cuidados. Estoy cierto que el señor Delatour unirá sus ruegos á los míos.

DEL. Mr. Dubois tiene razon, y por mi parte os suplico que mireis mas por vos. Teneis una obligacion de vivir, señora, y de conservaros para los que os aman.

CLE. (Si supiese que mi vida y honor están allí!) *(mirando al interior de la cámara.)*

DUB. *(á Mauricio que permanece inmóvil.)* Amigo mio, no os separeis de ella; mostraos con vuestro celo digno de su proteccion. Señor Delatour, estoy encargado de suplicaros que me acompañeis para que presenciéis, como testigo, el acto de poner los sellos.

DEL. Estoy á vuestras órdenes, pero... *(señalando á Clemencia y Mauricio.)*

DUB. No os inquieteis por ella; Mauricio estará á su lado.

MAU. *Si, si.*

DEL. (Pobre niño! Tendrá fuerza para dominar su corazón!)

DUB. Vamos. *(Delatour abraza á Mauricio y se va con Dubois.)*

ESCENA V.

CLEMENCIA y MAURICIO.

(Clemencia preocupada no repara en Mauricio: fija su mirada en la puerta por donde han salido. Mauricio se acerca con el mayor cariño, y cuando está seguro de que nadie le vé, se arrodilla y la besa los pliegues del vestido: Clemencia permanece inmóvil sin apercibirse de lo que pasa.)

CLE. (Allí está, allí está ese cofrecito! Allí está siem-

pre á mi vista, como una incesante amenaza! Veinte veces mi mano temblorosa se ha dirigido á tomarle, y siempre mis ojos se han encontrado con la mirada de mi esposo, que no quiere dejarme sola en esa habitacion. Cruel solicitud que me deshonor y me mata.) Estabas ahí, pobre niño? (*al verla llorar, Mauricio se levanta, la toma de la mano, y la pregunta cuál es la causa de su desesperacion.*) Me preguntas por qué lloro? A la verdad que soy bien loca en afligirme! De qué sirven las lágrimas?... Es la fuerza, es el valor lo que necesito, para esperar y sufrir mi castigo, pero esperarle sin buscar antes un medio de salvacion? No, no. (*vá á dirigirse á la habitacion interior, Mauricio la detiene.*) Mira, Mauricio, allí dentro, cerca de la cabecera del cadáver de mi hermana, y colocada cerca de su mano, hay una cajita, y dentro de ella una carta que me deshonorará si llega á ser leída. Pero arrebatar esta caja es un robo, y romper la cerradura que la guarda, un crimen! Oh! no importa. Necesito esa carta á toda costa; romperé esa fatal cerradura! Si, la muerte no me espanta; pero no puedo acostumbrarme á la idea del deshonor; ruega por mi, hijo mio, y que Dios sea en mi ayuda.

MAU. *A dónde vais? Deteneos. (señalando á Grandpré que sale de la habitacion interior.)*

ESCENA VI.

Dichos, GRANDPRÉ, DUBOIS, DELATOUR, y á poco ROSINA con una luz.

GRAND. (*á Dubois.*) Os lo repito, caballero, sentiria que por este suceso desagradable, detuvierais vuestra partida. Clemencia, todavía estás aquí? (*á Clemencia.*)

CLE. Quiéres que abandone así á mi hermana?... Quién velará á su lado?

MAU. Yo; si lo permitis.

GRAND. No; en tanto que llegan las hermanas de Santa Honorina, he designado ya la persona que velará en la cámara mortuoria.

ROS. En efecto, la muger de Bautista; pero hemos cambiado, mi marido se obstina en que sea yo.

DUB. Y habeis consentido?

ROS. (*bajo.*) Sin replicar. Desde que he sabido el fallo que se pronunció ayer en Aix, nada habrá que no haga para tenerle contento.

GRAND. Ya lo ves, Clemencia; Rosina se queda; dame tu brazo. Qué tienes? Estás temblando?

DUB. (*á Delatour.*) Voy á daros el adios de despedida.

DEL. (*bajo.*) Quisiera pedir os un favor. (*vanse.*)

CLE. (*Volveré.*)

GRAND. Ven, hijo mio, ven; (*viendo á Mauricio que permanece con los ojos fijos en la escalinata.*) tu puesto no es aquí.

(Grandpré se vá por la izquierda dando el brazo á Clemencia: Mauricio le sigue sin dejar de mirar á lo interior. Dubois ha salido con Delatour: es de noche. Se vé el resplandor de las luces en la estancia inmediata. El teatro no está alumbrado mas que por la bugía que Rosina ha colocado sobre una mesa, cerca de la ventana del fondo.)

ESCENA VII.

ROSINA, sola.

Tu puesto no es aquí! Tu puesto no es aquí! Ni el mio tampoco; pero cuando hay de por medio un marido celoso, y tan estúpido que cree que las sentencias le autorizan para hacer desatinos, hay que obedecerle por fuerza. Conque es allí adentro donde ten-

go que instalarme? Yo no me atrevo. (*sube los escalones y mira adentro.*) Aquellas luces... aquellas colgaduras! Dios mio, qué miedo! Yo no voy... Al menos hasta allá adentro. Calle! y en verdad que bien puedo estar aquí... qué necia soy! Me siento y vuelvo la espalda; así nada veré, y pensaré en otra cosa. (*sube hasta la meseta y se sienta en una silla.*) Todavía tengo miedo; mejor será rezar, primero por mi, y despues por ella.

ESCENA VIII.

ROSINA y MAURICIO.

(Rosina se arrodilla delante de la silla, y mete la cabeza entre las manos para no ver nada. Mauricio mueve la ventana del fondo, la cual cede á sus esfuerzos. El viento que entra por ella apaga la luz. Oscuridad completa: Mauricio mira por la ventana si alguno le vé, y salta á la escena, volviendo á cerrar la ventana. Despues, para asegurarse de que nadie le ha observado, se dirige á escuchar por la puerta de la izquierda. Cierta ya de que nadie puede sorprenderle, indica con la accion la resolucion que ha tomado: salvar á Clemencia, entrar en la sala mortuoria, y apoderarse de la cajita: se arrodilla, pide perdon á Dios, besa el medallon, y le coloca sobre el pecho. En seguida se dirige apresuradamente á la escalera, entra en la cámara interior y cierra la puerta: Rosina dá un grito. Al mismo tiempo Clemencia, que acaba de abrir la puerta de la izquierda, se queda inmóvil en el umbral, llena de espanto.)

ESCENA IX.

ROSINA y CLEMENCIA.

ROS. Quién es? Quién anda ahí? (*temblando baja los escalones.*)

CLE. Silencio, Rosina.

ROS. Sois vos, señora? Sois vos la que ha salido de la habitacion de vuestra hermana?

CLE. No. Acabo de llegar.

ROS. Por el parque?

CLE. No hay otro camino.

ROS. Entonces, no sois la que hace un instante...

CLE. Qué quieres decir?

ROS. He sentido ruido de pasos; despues se ha apagado la luz.

CLE. Será el viento que ha entrado al abrir la puerta.

ROS. Ya que estais aquí, voy á encender esta luz.

CLE. Vé.

ROS. (*El ruido venia de adentro; estoy segura de ello; y esto no es natural.*) No tengais miedo, vuelvo al instante.

ESCENA X.

CLEMENCIA, sola.

Se aleja, ya estoy sola... (*se dirige á la escalinata y de pronto queda parada.*) Valor! Es extraño! Se me figura que anda alguna persona dentro de esa habitacion! Sin embargo, nadie habia aquí mas que Rosina. Será una ilusion? Estoy completamente sola, y aunque la sombra de mi hermana apareciera en el dintel de esa puerta, no me haria retroceder.

(Se dirige á tientas hácia la puerta, la cual, al subir Clemencia las gradas, se abre violentamente, viniendo un rayo de luz á herir su rostro. Clemencia retrocede lanzando un grito de espanto; la puerta vuelve á cerrarse. En el mismo instante, Grandpré y Delatour aparecen por la puerta izquierda con Rosina y Bautista.)

ESCENA XI.

CLEMENCIA, GRANDPRÉ, DELATOUR, BAUTISTA, ROSINA, y á poco MAURICIO.

GRAND. Clemencia, habeis vuelto aqui á pesar de mis súplicas? (*Clemencia espantada, por lo que ha visto, permanece sin responder, con los ojos fijos en la puerta de la cámara.*)

Ros. (*que sale con una luz.*) La señora se habia figurado que á mi no me agrada mucho estar sola, y como queria que no faltase una persona al lado de su hermana...

GRAND. (*mirando á Clemencia.*) Qué tienes, Clemencia?...

Ros. Dios mio! Habeis vos oido tambien...

CLE. (*señalando la habitacion interior.*) Si, alli, he visto abrir y cerrar esa puerta.

Ros. Bien decia yo que habia un fantasma!

GRAND. Fantasma ó realidad, yo sabré quién es. (*se dirige rápidamente á la escalera y entra en la habitacion.*)

Ros. (*temblando.*) No tembleis asi, señora; ahora somos muchos.

GRAND. (*volviendo á aparecer.*) En efecto, habia alguno aqui dentro, pero no era un fantasma, sino un ladrón.

TODOS. Un ladrón!

GRAND. Miradle! (*estirando el brazo hácia adentro, y saca á Mauricio con el cofrecito oculto.*)

TODOS. Mauricio!!!

Ros. El! Un ladrón!

DEL. (*vivamente.*) Eso es imposible! Piensa en la noble conducta de este niño; ella sola basta para desmentir tu acusacion.

GRAND. Y cómo se justificará su presencia en esa habitacion? Además, no le he hallado ocultando bajo sus vestidos esta cajita que contiene varias alhajas de la marquesa? Este cofrecito del cual ha hecho saltar la cerradura? Mirad, señores.

CLE. (*Y mi carta, Dios mio? Y mi carta?*)

DEL. (*cogiendo á Mauricio por la mano.*) Pero diles que no eres culpable. (*Mauricio baja los ojos y no quiere responder.*) Defiéndete, desgraciado! Sabes la suerte que la justicia reserva á los ladrones? Se les arroja á una prision... Son azotados por mano del verdugo, y finalmente, condenados á galeras perpétuas. (*Mauricio permanece insensible á las instancias de Delatour.*) Sabes, Mauricio, que mas de una madre ha muerto de desesperacion al ver á su hijo condenado á tamaña ignominia? (*Mauricio, lleno de espanto, mira á Delatour.*) Pues bien, piensa en la tuya, y atrévete á decir que venias á robar esos diamantes. (*Mauricio vuelve los ojos hácia Clemencia.*)

GRAND. Y bien, Mauricio? (*Mauricio, despues de vacilar un momento, parece que toma una resolucion y se confiesa culpable; Delatour queda anonadado.*)

CLE. Si es verdad que este pobre niño ha cedido á un mal pensamiento, espero que á lo menos tendreis en cuenta su edad.

GRAND. Si, Clemencia; desde ahora queda libre; pero que se vaya; le arrojó de mi casa.

(*Mauricio cae á los pies de Clemencia; le pide la mano para besársela, y en el mismo instante la entrega la carta, indicándola que guarde silencio.*)

DEL. (*Es un sueño, Dios mio!*)

CLE. (*mirando la carta.*) (*Oh! Mi carta! Mi carta!*)

(*Mauricio se coloca instantáneamente entre Clemencia y Grandpré. Este, con una señal indica la puerta á Mau-*

ricio, el cual baja la cabeza y se dispone á salir. Clemencia, que ha sido presa de un violento combate, cede por fin á un sentimiento de generosidad.)

CLE. (*deteniendo con fuerza á Mauricio.*) Le arrojais de esta casa? No, no será! Yo no puedo consentir que caiga tal infamia sobre su cabeza. (*á Mauricio.*) No quiero salvar mi honor á costa del tuyo. (*á Grandpré.*) Caballero, os aseguro que ese niño no venia con intencion de robar; si ha abierto esa caja, era para entregarme una carta que sabia estaba guardada en ella.

GRAND. Una carta!.. No es cierto. (*Mauricio suplica á Clemencia que calle.*)

CLE. Siendo inocente te sacrificas por mi... y yo, siendo culpable, podré vacilar? No; la prueba de lo que os digo, vedla aqui, caballero. (*le entrega la carta.*)

GRAND. (*leyendo el sobre.*) Una carta vuestra dirigida á mi?

CLE. (*En nombre de Dios, os ruego que no la leais hasta que estemos solos.*)

DEL. (*Cuál será su contenido?*)

MAU. Yo tiemblo!

GRAND. (*despues de haber mirado á Clemencia.*) Señores, dejadnos solos; os lo suplico.

CLE. Hijo mio, tienes un alma tan pura como la de los ángeles; bendito seas mil veces, por lo que has hecho por mi. (*vanse todos por la izquierda; Grandpré vacila en romper el sobre; Clemencia le insta para ello.*)
Leed, señor, leed. (*Grandpré se sienta, abre la carta; Clemencia se arrodilla; Grandpré empieza á leer y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SESTO.

Un jardin. Puertas laterales en primer término; al foro un parque pintoresco, con el cual tiene comunicacion el jardin.

ESCENA PRIMERA.

DELATOUR, DUBOIS.

DEL. Me aguardabais?

DUB. Si; hace un momento, cuando volvia de la iglesia, en donde han tributado á la marquesa los últimos honores, encontré en el castillo al criado que envié, segun me indicasteis, á ver al comandante del buque.

DEL. Y qué respuesta?..

DUB. La que deseais; vuestro pasage está ajustado hasta Palma, primer puerto de escala.

DEL. Pero son dos plazas las que necesito.

DUB. Contad con ellas; os advierto que nos daremos á la vela al despuntar del dia; por tanto será preciso partir esta misma noche.

DEL. Estoy dispuesto.

DUB. A bordo nos veremos.

DEL. No os ausenteis del castillo sin haberme visto. Tengo que pedir os aun otro favor.

DUB. Estoy á vuestras órdenes.

ESCENA II.

DELATOUR, solo.

DEL. Es preciso marchar; y sin haber sabido el resultado de la entrevista de Grandpré con Clemencia! Solo he podido verlos un momento durante la ceremonia... A nadie he podido preguntar!.. Y habré de ausen-

tarme con esta incertidumbre? Lo he prometido así, y es fuerza cumplirlo; pero no partiré sin mi hijo... Mi hijo! Querrá acaso seguirme? El que ignora quien soy, que solo conoce á su madre! Aquí viene.

(Mauricio aparece en el foro. Dirige sus miradas hácia la izquierda, demostrando por un movimiento de alegría, que vé á alguna persona que le aguarda: dirijese hácia ella, pero es detenido por Delatour.)

A dónde vas, Mauricio? Aguarda un instante; deseo hablar á solas contigo.

MAU. *Qué contratiempo! Y yo que quería...*

DEL. Lo adivino; estás impaciente por ver á tu madre?

MAU. Si.

DEL. Sin embargo, por ti, por ella sobre todo, es preciso que te hable.

MAU. *Bien! Pero que sea pronto.*

DEL. Mr. Dubois me dijo hace un momento, que ya habia tomado de orden mia dos pasajes en un navio que se dá á la vela esta noche; uno de estos pasajes es para mi. Mauricio, me ausento para siempre de este país.

MAU. *Qué desgracia!*

DEL. El otro es para ti.

MAU. *Yo no quiero marchar, me quedo aquí.*

DEL. Es preciso; tu presencia pone en grave riesgo á la que te ha dado el ser.

MAU. *Para hacerme marchar, será necesario emplear la fuerza; este es mi puesto, y nadie me arrancará de aquí.*

DEL. Prefieres la muerte á separarte de ella?

MAU. Si.

DEL. (Cruel!) Pero si te separas de ella, es para encontrar á tu padre.

MAU. *A mi padre? (sorprendido.)*

DEL. Si; cuánto ha sufrido el infeliz! Solo, desterrado y lejos de su hijo, vivia con una esperanza; la de volver á Francia para buscar á ese hijo tan querido. El cielo apiadado escuchó sus votos, y se le ha devuelto; pero como no hay alegría cumplida en este mundo, el hijo permanece frio é insensible á la vista de su padre; rechaza sus caricias y se niega á seguirle. Dios mio! Alumbra su razon! Vos queréis que yo viva, supuesto que le he encontrado... y yo no quiero vivir sino para mi hijo... para ti, Mauricio.

MAU. Vos! Vos!

DEL. Si, yo soy tu padre; tu padre, lo oyes? Yo, pobre proscrito, que al cabo de catorce años he venido para conocerte, para abrazarte; para llevarte conmigo como un tesoro inapreciable.

MAU. *Yo hijo vuestro? No me engaiais? (Mauricio se arroja en sus brazos llenándole de besos.)*

DEL. Y pregunta si le engaño! Nada le dicen mis lágrimas, Dios mio! Nada mi conmocion! Nada mi alma que se está saliendo por los ojos! (cae en una silla.)

MAU. Si, si, os creo, os creo.

DEL. Mauricio, hijo mio, no desconfies de mi; la duda me mataría! Me amarás siempre, no es cierto?

MAU. Siempre!

DEL. Ya no te negarás á seguirme?

MAU. *Pero y mi madre?*

DEL. Comprendo tu dolor, pero es preciso. Tu pobre madre ignora que te ha dado el ser. Despues de tantos años, se ha conformado con la idea de haberte perdido, en tanto que yo moriré de dolor lejos de ti! Aquí tendrás que conservar oculto ese sagrado amor que la profesas, al paso que al lado mio podrás prodigarme los tesoros inmensos de tu amor filial. Aquí eres un extraño, casi un criado; en mi casa serás el rey. Clemencia depende de un esposo cuya voluntad

puede tasar la proteccion que te dispensa, para cerrar la mano bienhechora que ella tiende hácia ti. En cambio mi corazon y mis brazos están siempre abiertos para ti, y el tesoro innagotable que guardan de fortuna y amor, á ti solo pertenecen.

MAU. *No quiero mas que vuestro cariño.*

DEL. Consientes ahora en seguirme?

MAU. *Si, pero deseo verla una vez todavia; abrazarla!*

DEL. La abrazarás, hijo mio; yo te prometo no partir sin que antes la hayas dado el último á Dios.

MAU. *Vedla. (yendo hácia el foro.)*

DEL. Clemencia! Viene sola?

MAU. Si.

DEL. Retírate, hijo mio; yo te avisaré cuando puedas darla tu último abrazo.

MAU. *Alli estoy. (señalando la puerta izquierda.)*

DEL. (con alegría.) (Gracias, Dios mio! Al fin no partiré solo!)

ESCENA III.

DELATOUR y CLEMENCIA.

CLE. Aun estais aquí?

DEL. Llorais, Clemencia, y sin embargo, queréis que parta! No os retiréis; es un amigo el que os habla. Un amigo; creo que por lo menos merezco este título. En nombre de nuestra amistad, de nuestra desgracia, Clemencia, comunicadme vuestras penas.

CLE. Por última vez; nada puedo deciros, á menos que esta entrevista no sea la última.

DEL. Pues bien, señora, vos lo habeis dicho; vengo á daros el último á Dios! Esta noche me embarco, y mañana tendremos interpuesta entre los dos la inmensidad de los mares.

CLE. Ah! (conteniéndose y dándole la mano.) Bien, amigo mio, bien.

DEL. Ahora podreis revelarme la causa del terror que os acometió ayer; el contenido de aquella carta que Mauricio sustrajo para vos de la caja de la marquesa.

CLE. Aquella carta contenia la confesion de mi falta; la prueba del nacimiento de mi hijo; en una palabra, todo lo que yo creia que mi esposo no ignoraba, y que le fue ocultado por el odio que mi hermana nos profesaba en aquella época.

DEL. Y la leyó en vuestra presencia?

CLE. Si; yo estaba á sus plantas aguardando resignada la muerte, porque aquel esposo ultrajado era el mismo juez, tan celoso del honor conyugal, que la víspera habia absuelto á un marido matador de su muger. Leyó la carta en alta voz; á cada palabra que salia de su boca, mi cabeza se agoviaba bajo el peso de la verguenza. Las fuerzas me abandonaron; Mr. de Grandpré acabó de leer, y yo aguardaba mi castigo. Despues de un largo silencio, me atreví á levantar los ojos hácia él; me miraba sin cólera, y lloraba. «La fecha de esta carta, me dijo, os absuelve y quita lugar á toda reconvencion; solo á la fatalidad debemos acusar; ella es la que rompe nuestros lazos. Alzaos, pues, amiga, hermana mia!» Su hermana! Qué noble y generoso me pareció el darme este nombre! Con cuanta admiracion contemplaba al que pudiendo matarme, encontraba en su alma esta palabra santa, mas generosa que su perdon! Ya comprendéis, Armando, que á pesar de la estremada indulgencia de mi esposo, no me es posible ahora vivir bajo su mismo techo; así pues, he decidido, con su permiso, pasar en un convento el resto de mi vida.

DEL. Vos, Clemencia! No es posible!

CLE. Deberiais darme valor para llevar á cabo mi reso-

lucion, nada puede ligarme con el mundo; al presente, solo el recuerdo...

DEL. De quién?

CLE. De un pobre niño, al cual habia prometido mi proteccion.

DEL. Mauricio?

CLE. El mismo; hubiera querido verle feliz! Cansada de encerrar en mi corazon estérilmente este tesoro de amor maternal que no sé en donde derramar, queria depositarle en ese niño, engañándome á mi misma, á fin de que mi hijo, que me mira desde el cielo, pudiera saber al menos cuánto le hubiera amado.

DEL. (Pobre madre! Y qué derecho tengo yo para ocultarle un secreto que la pertenece tanto como á mi?)

CLE. Juzgad pues, que si una ilusion me inspira este sentimiento, qué no haria la realidad!

DEL. Si; si vuestro hijo viviese... (la puerta de la izquierda se entreabre y aparece Mauricio, que ha escuchado con ansiedad.)

CLE. Callad, no digais eso. Es una felicidad que no quiero imaginar un solo instante! Seria capaz de volverme loca! Si mi hijo viviese, si pudiera estrecharle entre mis brazos, qué me importaria el juicio de las gentes? Qué el del mundo entero? Por una caricia suya daria mi vida entera; á nadie ocultaria mi amor; públicamente gritaria: «El es; es mi hijo!» Callad por Dios, no me volvais á decir que mi hijo podrá abrazarme, porque perderé el juicio. (la puerta se cierra con violencia.)

DEL. (á quien ha sorprendido el movimiento de Mauricio.) (Ha comprendido que no podria nombrarle!)

CLE. Me habeis causado una emocion!.. Qué os estaba diciendo?..

DEL. Me hablabais de Mauricio.

CLE. Es verdad; voy á dejarle sin protector.

DEL. Es posible!..

CLE. No me atrevo á rogar á monsieur de Grandpré que me permita continuar!..

DEL. Oh! no; no debeis!..

CLE. Y á quién confiarle?

DEL. A mi... Clemencia, á mi que conozco la nobleza de su alma; á mi que sufro como vos, que necesito gozar de la misma ilusion.

CLE. Si, si, á vos; pero consentirá en seguiros?

DEL. Preguntádselo vos misma; vedle aqui.

ESCENA IV.

Dichos y MAURICIO.

CLE. Hijo mio, circunstancias que yo no podia preveer, me obligan á separarme de tu lado. El señor Delatour quiere encargarse de ti; consientes en mirarle desde hoy como á tu protector, como tu padre?

MAU. Si.

DEL. (Dios mio, qué feliz soy!)

CLE. Hoy mismo partirás con él; tal vez no nos volvamos á ver en el mundo; pero al menos pensarás en mi alguna vez, no es cierto?

MAU. (arrodillándose.) Siempre.

CLE. Démonos entonces el último á Dios.

MAU. Las lágrimas me ahogan. (besando la mano á Clemencia.)

CLE. Tu dolor me parte el corazon! Apenas me conoces, pobre niño, y me amas con tal extremo, como amarias á tu madre?

DEL. (sin poderse contener.) Lo mismo que á vos. (Clemencia le mira asombrada; Delatour prosigue con calma.) Quién sabe? Tal vez necesitará alimentarse tambien de una ilusion...

CLE. Ya que nada he podido hacer por ti, quiero dejar-

te al menos un recuerdo que espero conservarás toda tu vida.

MAU. Un recuerdo de vos?

CLE. Esta sortija; poco vale en verdad, pero es una memoria de mi madre, que siempre he conservado. Mi guarda-joyas contiene alhajas de mas valor, pero ninguna de mas precio para mi.

MAU. (toma el anillo, le besa y le pone en su dedo.) Siempre le llevaré conmigo.

DEL. Ah! Clemencia! Mi fortuna entera no podia hacerle: ¡es dichoso!

CLE. Ahora, Mauricio, quisiera...

MAU. Qué?

CLE. Conservar un recuerdo tuyo en cambio de ese anillo.

MAU. No tengo nada que daros.

DEL. Pobre niño; dice que nada tiene!..

CLE. Si; ahora recuerdo... un pequeño escapulario que le he visto besar con el mayor fervor. (movimiento de Mauricio.)

DEL. Un escapulario!..

CLE. En Tolon... el dia que se botó al agua...

MAU. Es verdad.

CLE. Le conservas todavia?

MAU. (entreabriendo el vestido.) Siempre... Miradle.

DEL. (Su retrato!)

CLE. No quieres dármelo?

MAU. (vacilante.) A vos?

DEL. (Dios mio! Va á descubrir!..)

CLE. Si, á mi! (se dirige á Mauricio, el cual retrocede.)

MAU. Jamás!.. Jamás!

CLE. Jamás! Qué secreto contiene, que así me le rehusas con tanta obstinacion?

DEL. Tal vez el retrato de su madre, ó alguna prenda...

CLE. Una memoria de su madre! Perdóname, hijo mio! Soy muy ambiciosa! Guarda ese tesoro tan querido; no quiero que sacrifiques una dicha que te envidio!.. (El al menos tiene el retrato de su madre, y yo solo en sueños veo la imagen de mi hijo.)

ESCENA V.

Dichos, DUBOIS, BENOIS y MAGDALENA.

MAG. (dentro.) Necesito verlos; quiero decirselo todo.

TODOS. Magdalena! (Mauricio se dirige á la puerta de la izquierda; Delatour le detiene y se coloca delante de él.)

DEL. Quédate, hijo mio.

ESCENA VI.

Dichos y MAGDALENA en el fondo.

MAG. Es falso.

BEN. (deteniéndola.) Calmaos, pobre muger.

MAG. Vengo de la prision de Santiago, y Santiago se ha fugado de ella. Segun he oido decir, le acusan de haber cometido un asesinato.

DUB. Es cierto.

MAG. Yo os digo que han mentido; Santiago es inocente.

TODOS. Inocente? (Grandpré aparece por la puerta de la derecha sin ser visto.)

MAG. La marquesa fue la causa...

DUB. (á Benois.) Ha perdido la razon!

MAG. La señora marquesa concibió aquel proyecto, pero Santiago se resistió á dar la muerte al niño.

CLE. Al niño!..

DEL. (á Mauricio que quiere presentarse.) Qué haces, desgraciado!

BEN. Magdalena...

MAG. Yo os lo digo, yo; el niño que se nos habia con-

fiado, y al cual se quería hacer asesinar, vive todavía.

CLE. Vive!

MAG. Si, vive; habia jurado callar; pero se acusa á mi marido; va á ser juzgado, condenado tal vez, y no hay secreto en el mundo que valga tanto como su vida. Yo os lo juro, señora; el niño existe. (*viendo á Delatour.*) Ved aqui un testigo que no me dejará mentir. Bien sabeis que digo la verdad, vos que sois su padre!

DEL. Callad, desgraciada! (*al dirigirse á Magdalena, deja descubierta á Mauricio.*)

MAG. (*viendo á Mauricio y trayéndole al medio de la escena.*) Aqui esta; miradle.

CLE. (*dando un grito.*) Hijo de mi alma!.. (*abrazando á Mauricio.*) Este es mi hijo, (*á Delatour.*) y vos me dejabais llorar, y queriais arrebatármelo?.. Quién se atreverá ahora á arrancarle de mis brazos?

(Va á llevar á Mauricio por la derecha, pero al entrar se encuentra con Grandpré que la mira cruzado de brazos: Clemencia, lanzando un grito de espanto, huye con su hijo por la izquierda; Grandpré desciende con lentitud hasta el proscenio. A una señal suya, Benois y Du Bois se retiran, llevándose á Magdalena.)

MAG. (*al marcharse.*) Su esposo!.. Yo la he perdido, pero la vida de Santiago era primero. (*vase.*) á

ESCENA VII.

GRANDPRÉ, y DELATOUR.

DEL. (*después de una breve pausa.*) Caballero, estoy vuestras órdenes.

GRAND. Me habeis comprendido... Y era la muerte de uno de nosotros... un duelo entre dos hermanos, el término señalado á una amistad tan antigua! La fatalidad nos ha escogido por víctimas, pero al menos tendremos el valor que nos dá nuestra desgracia.

DEL. Ambos cumpliremos nuestro deber; pero antes déjame leer un momento en tus ojos; puedo sufrir tus miradas sin avergonzarme. No he sido traidor á la amistad, y si te he hecho desgraciado, no ha sido culpa mia. Enrique, si el cielo en sus arcanos tiene decretada mi muerte, la aceptaré como una expiación, pero dime al menos que nunca has dudado de mi, y que tu corazón me estima siempre.

GRAN. (*con emoción.*) Siempre, Armando, siempre.

DEL. Antes de batirse dos enemigos como nosotros, bien pueden darse la mano.

GRAND. (*presentándole la suya.*) Tómala.

DEL. Ahora ya puedo morir.

ESCENA VIII.

Dichos y CLEMENCIA.

CLE. A dónde vais?

GRAND. Clemencia, retiraos á vuestra habitacion. Os lo ruego, os lo mando.

CLE. No me separo de vos hasta saber...

DEL. Un asunto muy grave nos ocupa en este momento.

CLE. Oh! vais á batiros!..

GRAND. No nos preguntéis mas; en cualquiera de los dos que sobreviva, tendreis un protector y un padre vuestro hijo.

CLE. Con que era cierto?

DEL. Los dos no cojemos en el mundo. Es preciso que la sociedad quede satisfecha, y la sociedad pide sangre.

CLE. (*á Delatour.*) Y vos hablais asi!.. Y es Armando Delatour el que provoca á su amigo! Ah! no me engaño; si tanto anhelaís batiros, es porque estais seguros de morir. He adivinado, no es cierto? Pero vos, Enrique, no os batireis, no podeis batiros! Dios mio, Dios mio, tened piedad de nosotros! Qué hemos he-

cho, señor, para ser tan desgraciados? Yo no os he sido infiel. (*á Grandpré.*) El no ha hecho traicion á vuestra amistad; dónde pues está el culpable? Quién debe herir y castigar aqui? Ahora sois dos hombres honrados, y dentro de un instante uno de vosotros será un asesino! No os batireis; si la sociedad reclama sangre, he aqui la mia, matadme los dos. (*arrojándose á sus pies.*)

GRAND. Alguien se acerca: alzá.

ESCENA IX.

Dichos, y BAUTISTA.

BAU. Con permiso. Aqui os traigo una carta y una noticia. La noticia es, que la gendarmeria que perseguia á Santiago, ha hecho fuego sobre él y le ha muerto. Ya está acabada su causa.

DEL. Muerto!..

GRAND. (Y nuestro secreto con él!)

BAU. La carta es del Mudo y viene dirigida á vos. (*á Grandpré.*) Me mandó que os la entregase en secreto.

CLE. De Mauricio!

BAU. Le he encontrado en la entrada del parque, y allí me espera á que le lleva la respuesta.

GRAND. (*tomando la carta.*) Escribirme á mi!

BAU. Naturalmente, como que no puede hablar.

GRAND. Bien, déjanos. (*vase por el foro.*)

ESCENA ULTIMA.

DELATOUR, GRANDPRÉ y CLEMENCIA.

CLE. Leed, señor, leed.

GRAND. Se trata de vuestro hijo; hacedlo vos misma. (*dándole la carta.*)

CLE. (*leyendo.*) «Os he causado muchos disgustos; perdonádmelos, caballero; he sido para los autores de mis dias un manantial continuo de lágrimas y tormentos. El solo obstáculo que existe para la dicha de todos, soy yo, que no tenia el derecho de nacer, pero sí el valor necesario para morir.» Hijo de mi vida!

DEL. Morir él!.. No puede ser! Clemencia, continuad.

GRAND. Tal vez el resto nos aclare... (*tomando la carta y leyendo.*) «Al perder la vida, muero contento; he tenido la dicha de abrazar á mi madre; concededme tambien vuestro perdon, y compadeced al infeliz Mauricio!..»

DEL. Mi hijo!.. No, corramos... pronto, Bautista.... venid. (*vase por el fondo.*)

CLE. Mi hijo! Mi hijo muerto! (*cae desmayada.*)

GRAND. (*levantándola.*) Clemencia, volved en vos. (*Grandpré prodiga á Clemencia toda clase de auxilios; á poco aparece por el fondo Delatour con Mauricio en los brazos, seguidos de Benois y aldeanos que le acompañan.*)

BEN. Vamos, no ha sido nada; Dios me dirigió á su encuentro.

GRAND. Clemencia, Clemencia, mírale.

CLE. (*volviendo en sí.*) Mauricio!.. Le habeis salvado!..

DEL. Si, Dios condujo á su lado al doctor, en el momento del peligro. (*Clemencia abraza á su hijo y le llena de besos.*)

GRAND. Si, para devolvérsele á su madre.

DEL. (El los reune, y hace un momento yo quería separarlos! Oh! no, yo debo partir, partiré solo!)

BEN. (*bajo á Delatour.*) Solo!..

DEL. (*á Benois.*) Ama tanto á su madre! Que sean dichosos!.. Yo me reuniré con ellos allí.. (*señalando al cielo.*)

CLE. Enrique! Mauricio, Armando!.. Benditos seais los tres! (*cuadro.*)

Madrid: 1856.—Lalama, Duque de Alba, 13.

que se agitan para ser castigados. Yo no os he
 sido infiel. (A Grandeur.) El no ha hecho traición a
 vuestro amistad; donde pues está el culpable? Quien
 debe morir y castigar a un hombre? Ahora sois vos los
 hombres y dentro de un instante uno de vosotros
 será un asesino! No os dais cuenta; si la sociedad reclama
 sangre, he aquí la mía; matadme los dos. (Arrojando
 una de sus pistolas.)

ESCENA IX.

Dichos y BAUTISTA.

BAUTISTA. Con permiso. Aquí os traigo una carta y una nota.
 La nota es la que la grandeur me ha entregado que
 a Santiago, ha hecho luego sobre él y le ha muerto.
 Ya está oculta en una caja.

GRAND. (Y pregunta secreto con él.)
 BAUTISTA. La carta es del hijo y viene dirigida a vos.

GRAND. Me traigo que os la entregue en secreto.
 BAUTISTA. Me encuentro en la entrada del parno, y allí
 me espera a que le lleva la respuesta.

GRAND. (Tomando la carta.) Escribidme a mí.
 BAUTISTA. Naturalmente, como que no puede hablar.
 GRAND. Bien, dejadme. (Cose por el foro.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y GRANDUR y CLEMENCIA.

GRAND. (Cose señor, sed.)
 CLEMENCIA. Se trata de vuestro hijo, hacédole vos mismas
 (dándole la carta.)

GRAND. (Leyendo.) «Os he causado muchos disgustos; pero
 de verdad, caballero, he sido para los autores de
 mis días un mansueto cordero de lágrimas y tormentos.
 El solo obstáculo que existe para la dicha de los
 dos soy yo, que no leáis el derecho de nacer, pero el
 el valor necesario para morir.» (Hijo de mi vida.)

GRAND. (Leyendo.) «Al perder la vida, muere contento; he
 sido la dicha de apartar a mi madre; concededme
 también vuestro perdón, y compadeced al infeliz Juan
 Bautista.»

GRAND. (Leyendo.) «No, contadme... pronto, Bautista...
 venid, (cose por el foro.)»

GRAND. (Leyendo.) «Mi hijo! Mi hijo querido! (cose desahogada.)
 (Grandeur produce a Clementia toda clase de
 cosas; a poco aparece por el fondo Bautista con man-
 teca en los brazos, seguidos de Renis y algunos que
 le acompañan.)

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, no ha sido nada; hijos me dirigid a su en-
 cuentro.»

GRAND. (Leyendo.) «Clemencia, mirad.
 (Clemencia es se.) (Bautista.) He habéis salvado.
 BAUTISTA. Dice condito a su lado al doctor, en el momen-
 to del peligro. (Clemencia abraza a su hijo y le be-
 na de besos.)

GRAND. (Leyendo.) «Si para devolvérselo a su madre.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Haced un momento yo quería sepa-
 rarlos! Oh! no yo debo partir, partid solo!»

GRAND. (Leyendo.) «Solo...
 BAUTISTA. (Leyendo.) «A mi lado a su madre! Que sean di-
 chos! Yo me reuniré con ellos allí.» (acercándose al
 foro.)

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

GRAND. (Leyendo.) «Bautista, Armando.
 BAUTISTA. (Leyendo.) «Bautista, Armando.»

